

EL PUEBLO ES LA HISTORIA

66 MEMORIAS

CENTRO NACIONAL DE HISTORIA

DEVENEZUELA

**CIEN AÑOS
EN EL ALMA
DEL PUEBLO**



**Las ideas e inquietudes
del Médico de los Pobres
a través de sus cartas
y textos**

**Detalles del expediente
de su muerte**



Estufa: este equipo permitía mantener cultivos microbianos a una determinada temperatura, incubándolos para su conversación y reproducción. (arriba)



Baño de María: equipo utilizado para hacer inclusiones de parafina en las muestras biológicas que luego eran examinadas al microscopio. (arriba a la derecha)

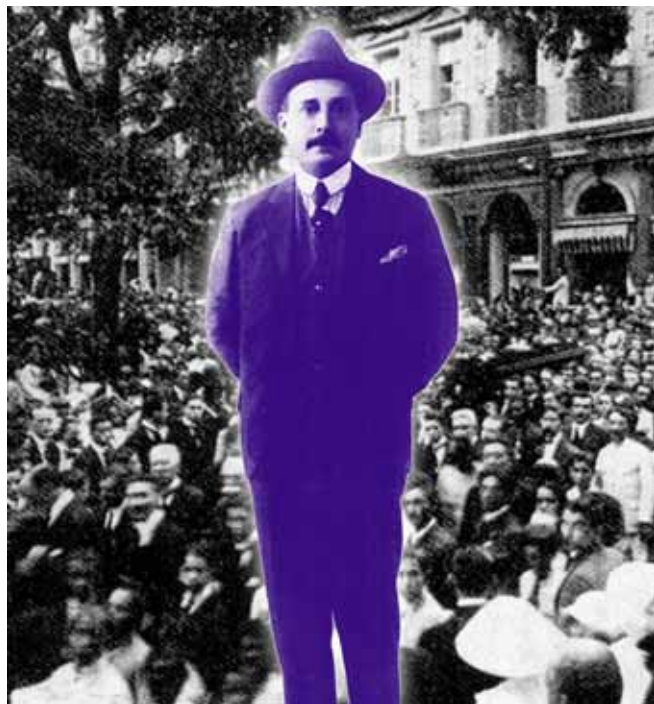
Balanza de precisión: instrumento que perteneció al laboratorio de José Gregorio Hernández. (derecha)

Registro realizado en el Mini Museo del Venerable José Gregorio Hernández en la Villa Mosén Sol, Parroquia El Marqués, Caracas.



Contenido

- 2 El hombre que fue médico y ángel protector de los pobres
- 10 Fernando Bustamante: fue el destino
- 13 La gente de La Pastora presencié la tragedia
- 16 Pedro Manuel Arcaya fue el defensor de Bustamante
- 21 Prólogo de Elementos de Filosofía
- 22 Prólogo de Elementos de Bacteriología
- 24 Visión de Arte
- 28 José Gregorio Hernández se muestra a sí mismo en sus cartas



PORTADA: Composición fotográfica por Javier Véliz

Cien años sembrado en el corazón del pueblo

NO ES USUAL pensar en un hombre a caballo cuando se escucha el nombre de José Gregorio Hernández, pero así fue como lo conocieron sus primeros pacientes. Acababa de graduarse de médico y se fue a su Trujillo natal a ejercer la carrera. Allí debió adentrarse en parajes de difícil acceso para tratar a una población en su mayoría hambreada y desposeída. Al poco tiempo se vio comprando con su propio dinero los medicamentos que la gente no tenía manera de costear.



Tan fuertes como su vocación de ayudar eran sus deseos de estudiar y prepararse como científico, por lo que poco tiempo después ya estaba becado en París, formándose al más alto nivel de la época. Al regresar al país se dedicó a convertir en obra pública todo lo que aprendió. Tanto en la Universidad Central de Venezuela como en el modernísimo hospital José María Vargas, desplegó todo su talento para impulsar la medicina y la investigación experimental en el país. Ganó fama y estabilidad económica, pero no dejó de brindarles auxilio, asistencia y consuelo a quienes la injusticia social y el atraso político del país había sumido en la miseria.

Así se sembró en el corazón del pueblo, que lo bautizó como el Médico de los Pobres. Hoy el Vaticano espera certificar su intercesión en un milagro para beatificarlo, pero en el afecto de la gente su santidad es un hecho, y la profesión de fe hacia su figura es ya una tradición de cien años.

MEMORIAS DE VENEZUELA N.º 66, junio 2019

EDITOR Carlos Ortiz COORDINADORA Noélis Moreno REDACCIÓN Carlos Ortiz · Mauricio Vilas ICONOGRAFÍA Y DOCUMENTOS César Vilorio · Daniel Herrera
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN Javier Véliz. EQUIPO DE TRABAJO Pedro Calzadilla · Aexander Torres Iriarte · Alejandro López · Simón Sánchez · Rosario Soto · Andrés E. Burgos
Luis Pellicer · Jesús Peña · Néstor Rivero · Javier Escala · Darwin Medina · Ileana Galea

AGRADECIMIENTOS

Instituto Autónomo Biblioteca Nacional (Archivo Audiovisual, Colección Bibliográfica, Colección Antigua, Hemeroteca); Galería de Arte Nacional (Cinap), Museo Bolivariano, Archivo General de la Nación
IMPRESIÓN: Imprenta Nacional

RECONOCIMIENTOS Mención Honorífica del Premio Municipal de Comunicación Social 2009 · Premio Nacional de Periodismo 2010 · VII Premio Nacional del Libro de Venezuela 2010-2011, mención Revista · Premio Municipal 2011 Periodismo Científico, Diseño y Diagramación Premio Municipal de Periodismo Willian Lara 2012

Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia y Seguimiento de la Gestión de Gobierno / Centro Nacional de Historia
Final Avenida Panteón, Foro Libertador, Edificio Archivo General de la Nación, PB. ISSN 1856-8432 Depósito Legal N.º PP200702DC2753

CORREO ELECTRÓNICO memoriasdevenezuela.r@gmail.com comunicacionescnh2014@gmail.com
PÁGINA WEB www.cnh.gov.ve TWITTER @Memoriasvzla | @cnh_ven
FACEBOOK Memorias de Venezuela Centro Nacional de Historia TELÉFONO (0212) 509.58.32

José Gregorio Hernández introdujo e impulsó la medicina moderna en Venezuela

El hombre que fue médico y ángel protector de los pobres



Foto enviada por José Gregorio Hernández a María Luisa Hernández, su tía paterna, desde París, 30 de julio de 1890. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott

José Gregorio Hernández nació en Isnotú, estado Trujillo, el 26 de octubre de 1864. Fue el segundo de los seis hijos de Benigno Hernández Manzaneda y Josefa Cisneros Mancilla.

Fue bautizado en Escuque el 30 de enero de 1865 por el presbítero Victoriano Briceño. Tenía ocho años cuando falleció su madre, el 29 de agosto de 1872. Para entonces también había perdido a su hermana mayor, por la que pasó a ser el hermano mayor, condición que asumiría como un compromiso.

Fallecida su madre, José Gregorio quedó al cuidado de su tía María Luisa Hernández, quien lo enseñó a leer y a escribir, lo instruyó en nociones elementales de matemáticas y lo preparó en el catecismo.

Al cumplir los nueve años inició sus estudios en la única escuela privada de Isnotú, donde su educación quedó a cargo de un marinero retirado llamado Pedro Celestino Sánchez.

Desde el primer momento el niño mostró gran interés por aprender

todo de cuanto se le hablaba, a lo cual dedicaba todo el tiempo que le era posible. Su maestro notó que tanto empeño en estudiar era producto de una bullente inteligencia, un talento especial que debía ser aprovechado.

No le cabía duda a Sánchez de que su pupilo tendría un futuro de éxito en la universidad. Y tan pronto este tuvo la edad necesaria para iniciar el bachillerato, le aconsejó a Benigno Hernández que lo enviara a Caracas.



José Gregorio Hernández el día de su confirmación en Betijoque, Edo. Trujillo, 6 de diciembre de 1867. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott



Josefa Antonia Cisneros (madre) y Benigno Hernández Manzaneda (padre). En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt, en: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott

Sus estudios en Caracas

El joven trujillano llegó a Caracas en febrero de 1878 e ingresó al Colegio Villegas, ubicado en una antigua mansión de la esquina de Piñango. Allí viviría hasta 1885 bajo la custodia del doctor Guillermo Tell Villegas, propietario y director de la institución.

El régimen austero impuesto por su tutor y el hecho de no adaptarse fácilmente a la ciudad reforzaron el carácter reservado de José Gregorio. Poco dado a los juegos en grupo, prefería pasar su tiempo libre estudiando piano, leyendo clásicos y obras sobre la vida de los santos. El primer año de su estadía en el colegio le fue asig-

nada una cátedra de aritmética para los cursos inferiores en virtud de sus méritos académicos. También se le nombró inspector de disciplina de sus condiscípulos debido a su responsabilidad y sentido del orden

En junio de 1882 obtuvo el título de Bachiller en Filosofía e ingresó a la Universidad Central de Venezuela. Unos años antes, cuando se decidió su partida a Caracas, había manifestado su intención de estudiar derecho, pero su padre lo hizo cambiar de opinión, convenciéndolo de que la profesión de médico era la que más le convenía.

A pesar de este giro tan drástico, durante los seis años que duraron sus es-

tudios universitarios se destacó como un estudiante de gran talento y se ganó el aprecio de todos sus profesores.

En esa época hizo amistades entrañables, como la que trabó con Santos Aníbal Dominici, otro joven que al igual que él habría de ser una figura destacada de la medicina venezolana. Con Dominici lo unieron no solo lazos afectivos sino también la búsqueda del conocimiento y la necesidad de cultivar el espíritu.

Juntos compraban y estudiaban las novedades científicas que se producían en Francia, leían grandes clásicos y enciclopedias, aprendían música e idiomas, discutían las ideas políticas de avanzada.



El Hospital Vargas, La Pastora, S/f, en: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, Año IV, 1 de mayo de 1896



El 19 de junio de 1888 José Gregorio Hernández se graduó de Bachiller en Ciencias Médicas, y diez días después, el 29 de junio de 1888, obtuvo el grado de Doctor en Ciencias Médicas. En aquel entonces la norma establecía que, una vez concluido el examen doctoral, el jurado debía hacer salir al examinado junto con el público para deliberar a solas.

Pero el día en que a Hernández le tocó rendir la prueba, apenas hubo concluido su exposición oral, el secretario del jurado rompió el protocolo poniéndose de pie para gritar: “¡Aprobado y sobresaliente por unanimidad!”.

Cuentan que al momento de entregarle el título correspondiente, el rector, Aníbal Dominici –también médico y padre de su amigo Santos– expresó: “Venezuela y la medicina esperan mucho del doctor José Gregorio Hernández”.

De vuelta a Trujillo

La universidad fue más que una escuela profesional para José Gregorio Hernández, allí cultivó una gran sensibilidad social así como un sentido crí-

tico de la realidad venezolana. Estaba convencido de que el país necesitaba modernizarse bajo el punto de vista científico y que urgía una infraestructura de servicios sanitarios para mejorar la vida de los venezolanos. Pero primero era necesario adquirir conocimientos y experiencias que Venezuela no podía ofrecer.

Con esas ideas en mente decidió que todo el dinero que pudiera ganar durante un año lo destinaría a financiar sus estudios en Europa. Y en agosto de 1888 se marchó a Trujillo para ejercer su profesión. Sin embargo, durante los meses que trabajó allá el éxito le fue esquivo.

La vida en los Andes era económicamente muy precaria y en ocasiones era él quien terminaba dando dinero a los pacientes, que apenas tenían para mal comer. Además tuvo que lidiar con los celos profesionales de los médicos locales, reacios a tolerar a un competidor más joven y mejor preparado. A esto se sumó la mala voluntad de los políticos que detentaban el poder en la zona,

aliados de sus rivales, que lo veían como a un enemigo. En febrero de 1889 esta situación tomó un giro peligroso, como se aprecia en una carta a Santos Aníbal Dominici: “...me dijo un amigo que en el Gobierno de aquí se me ha marcado como godo y que se está discutiendo mi expulsión del Estado, o más bien si me enviarían preso a Caracas”.

Contrariado por lo adverso de su suerte y sintiéndose alejado de su meta, se embarcó para oriente. Pero la travesía terminó en naufragio frente a las costas de Carúpano.

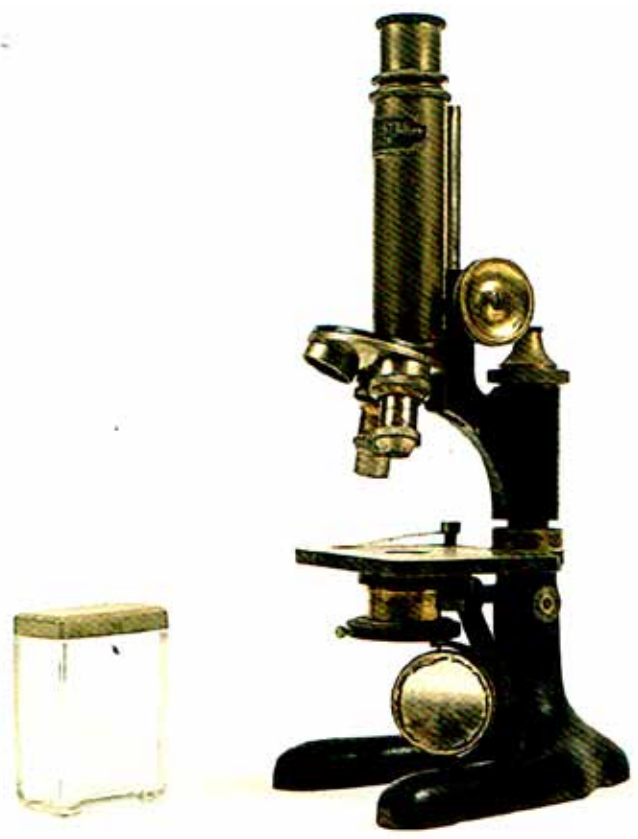
Allí permaneció los días necesarios para reponer fuerzas y regresar a Caracas, siguiendo el consejo de su padre de que era la única ciudad que le permitiría ganar dinero como médico.

En París y Berlín

Su decisión no pudo ser más oportuna, pues se reencontró con el doctor Calixto González, su maestro de fisiología, quien lo recomendó ante el presidente Rojas Paúl para una beca de estudios en París. La beca era en



Catedráticos y estudiantes del Sexto Año de Medicina, Universidad Central de Venezuela, 1897, en: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, Año V, 15 de agosto de 1897



Microscopio. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott

realidad una misión oficial: el gobierno acababa de decretar la creación del Gran Hospital Vargas y estableció como una prioridad nacional enviar a un joven venezolano a estudiar microscopía, bacteriología, histología normal y patológica y fisiología experimental, áreas que el nuevo centro de salud debía atender.

Así, el 31 de julio de 1889, mediante decreto presidencial a José Gregorio Hernández le fue encomendada la responsabilidad de prepararse para introducir la medicina moderna en Venezuela.

En París se reencontró con viejos condiscípulos, entre ellos Santos Aníbal Dominici. Tuvo una destacada actuación que le valió la recomendación de sus maestros de que se le enviara también a Berlín para perfeccionar su aprendizaje.

Promisorio regreso a Venezuela

Luego de dos años de estudios en Francia y Alemania, Hernández regresó a Venezuela y se dedicó a la instalación del Laboratorio de Fisiología

Experimental que el gobierno le había encargado diseñar y adquirir en Europa. Tan pronto hubo culminado este trabajo, fueron establecidos en la Universidad Central de Venezuela los estudios de bacteriología, histología normal y patológica y fisiología experimental.

El 6 de noviembre de 1891 fue juramentado como titular de las cátedras correspondientes a tales materias. Tenía 27 años de edad y su reincorporación a la actividad profesional lo convertiría en una figura pública de gran fama y respeto.

Médico y protector

Su responsabilidad y capacidad de trabajo eran proverbiales, todos los proyectos que se le encomendaban los llevaba a buen término con eficiencia y mano firme. Sus alumnos lo querían y admiraban, sus superiores lo estimaban. Tales eran su prestigio y sus méritos que en 1904 se contó entre los miembros fundadores de la Academia Nacional de Medicina, en la que ocupó el sillón xxviii.

Más importante aun que todos esos logros era el hecho de que sus pacientes le profesaban verdadera fe. La razón de esa credibilidad y confianza casi ciegas se debía en parte a su manera de concebir la práctica médica.

Hernández trataba a las personas de un modo integral: las examinaba y auscultaba, les hacía exámenes e incluso biopsias. Además de eso, las visitaba, evaluaba las condiciones del hogar y del entorno en que vivían, y les daba indicaciones sobre higiene.

En su manera de trabajar combinaba criterios de medicina basada en evidencias, higiene y salud pública. Eso se traducía en una gran capacidad para reconocer los males que padecían sus pacientes, basada en un acertado análisis de la relación entre la enfermedad y la salubridad. Con base en eso solía dar con el tratamiento adecuado y lograr una alta tasa de efectividad y rapidez en la recuperación de quienes se ponían en sus manos.

Por si fuera poco, José Gregorio se interesaba en la situación personal de



La iglesia de la Pastora, La Pastora, S/f, en: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, Año I, 15-01-1892



Servio Tulio Baralt, *Hospital Vargas*, Caracas, 1911. Colección Archivo Audiovisual de la Biblioteca Nacional

los enfermos y los acompañaba en su dolor. No pocas veces ayudaba a quienes vivían en pobreza a procurarse los tratamientos. Todo esto lo hacía con una sentida solidaridad que reconfortaba espiritualmente a los enfermos. Firme en la exigencia de que se cumplieran sus indicaciones, era a la vez compasivo, y alentaba la fe y la oración entre sus pacientes. No tardó mucho en ser visto como una suerte de ángel protector.

El llamado de la fe

El padre de José Gregorio Hernández murió mientras él estudiaba en Francia. Desde entonces se había propuesto reunir a los suyos bajo su tutela y hacerse cargo de ellos. Redobló sus horas de trabajo; ahorró dinero y se hizo de algunos bienes.

Comenzaba el siglo XX, y ya con las cosas a su favor y habiendo asegurado su estabilidad económica movilizó a toda su familia desde Trujillo hasta Caracas. Hizo serios esfuerzos por abrirles paso a sus hermanos y sobrinos, y cultivó en ellos un fuerte senti-

do de solidaridad y disciplina a fin de que aprendieran a sortear cualquier dificultad.

Todo este empeño tenía que ver con una seria decisión que estaba por dar un fuerte giro a su vida: desde hacía diez años, en la mayor discreción y con la guía del arzobispo de Caracas, monseñor Juan Bautista Castro, venía proyectando entregarse a la vida monacal.

En 1907 monseñor Castro escribió al reverendo padre superior de la Cartuja de Farneta de Lucca recomendando a José Gregorio Hernández para ser aceptado en la orden de San Bruno. Su aceptación fue oficializada en una carta del maestro de novicios de la Cartuja, el 3 de enero de 1908. Desde ese día y por cinco meses se dedicó a estudiar una serie de obras que el maestro de novicios le recomendó leer y fue preparando otros detalles que en la misiva se le indicaban como condiciones de ingreso a la orden.

El 4 de junio de 1908 salió en secreto para Puerto Cabello, donde finiquitó todos sus asuntos legales, y

el 8 de junio se embarcó para Italia. El 16 de julio de 1908 ingresó al convento de la Cartuja, donde pasó a llamarse fray Marcelo.

La noticia de su “huida” y reclusión en la orden de San Bruno causó gran revuelo en Caracas, donde se despertó una encendida polémica entre partidarios y adversarios de su decisión. Para muchos, incluidos sus pacientes, era un gesto coherente en alguien que encarnaba todas las virtudes cristianas. Para otros, era poco menos que una insensatez, pues pensaban que era irresponsable de su parte abandonar los proyectos científicos que tanto necesitaba el país.

Mientras esto ocurría en Caracas, en la Farneta las cosas le salían bastante mal al hermano Marcelo. La orden de San Bruno era la más pobre y exigente que se conociera entonces; los monjes vivían en total ascetismo, aislados incluso entre sí por un severo voto de silencio que solo interrumpían los domingos.

Solían hacer una sola comida al día y se sometían a prolongados ayu-



París, 5 de mayo de 1914.

Mi querido César:

Te escribí en los primeros días del mes pasado dándote cuenta de la enfermedad que tuve la mala suerte de coger en Roma; hasta ahora la mejoría ha sido poca, puesto que todavía me da la fiebre todos los días y la tos no ha mejorado nada. Pero lo que más me mortifica es que el doctor me dijo en estos días que yo no podría quedarme en Europa a pasar el próximo invierno, porque, a su juicio, no lo podría hacer sin exponerme a una nueva pleuresía y a la agravación de mi enfermedad. Ya podrás suponerte en qué estado se encontrará mi espíritu, puesto en esta perspectiva de tener que regresar a Caracas, aunque todavía no he perdido del todo la esperanza de que, si llego a mejorar de aquí a junio o a julio, pueda ser que el doctor opine que no me será muy peligroso el permanecer en Europa.

Deseo que todos se conserven buenos.

Tu hermano que te abraza,

GREG.O



nos. Trabajaban diariamente en oficios artesanales y en labores como cortar y cargar leña.

Las condiciones de vida de la orden de San Bruno, duras de por sí para José Gregorio Hernández, empeoraron mucho durante el invierno, dañando su salud y consumiendo sus fuerzas. En vista de ello, el superior general de la orden le aconsejó abandonar el convento.

Conflicto de vocaciones

El día de su salida del convento cartujano, el superior de la orden le dijo: "Vuélvase a su país y trate de adquirir lo que le falta". Y esas palabras, que para él sonaron como un mandato, lo acompañaron durante toda la travesía. De modo que tan pronto llegó a Caracas, el 21 de abril de 1909, ingresó al Seminario Metropolitano para estudiar teología y ordenarse sacerdote. Pero un grupo de universitarios empezó a hacer

presión públicamente para que volviera a las aulas e incluso hubo un incidente a las puertas del seminario,

protagonizado por estudiantes que amenazaban con llevarlo cargado hasta la universidad.

Entonces el propio arzobispo de Caracas le aconsejó que volviera a ejercer como médico y profesor, haciéndole ver que tal vez era ésta la vía que le estaba destinada para realizar su vocación.

Finalmente José Gregorio Hernández retomó sus funciones de docente y volvió al laboratorio en medio de polémicas, pues había quienes ponían en duda su idoneidad para el cargo en vista de sus inclinaciones religiosas. Pero poco a poco las dudas se fueron disipando, pues no sólo reanímó su cátedra sino que su trabajo empezó a rendir aportes científicos verdaderamente significativos.

Mientras todo volvía a su cauce y se iba rehaciendo su vida profesional, él pensaba en cómo prepararse para retomar los hábitos.

Así, luego de cuatro años de relativa tranquilidad, el 1º de julio de 1913, viajó a Roma para internarse en el Colegio Pío Latinoamericano.

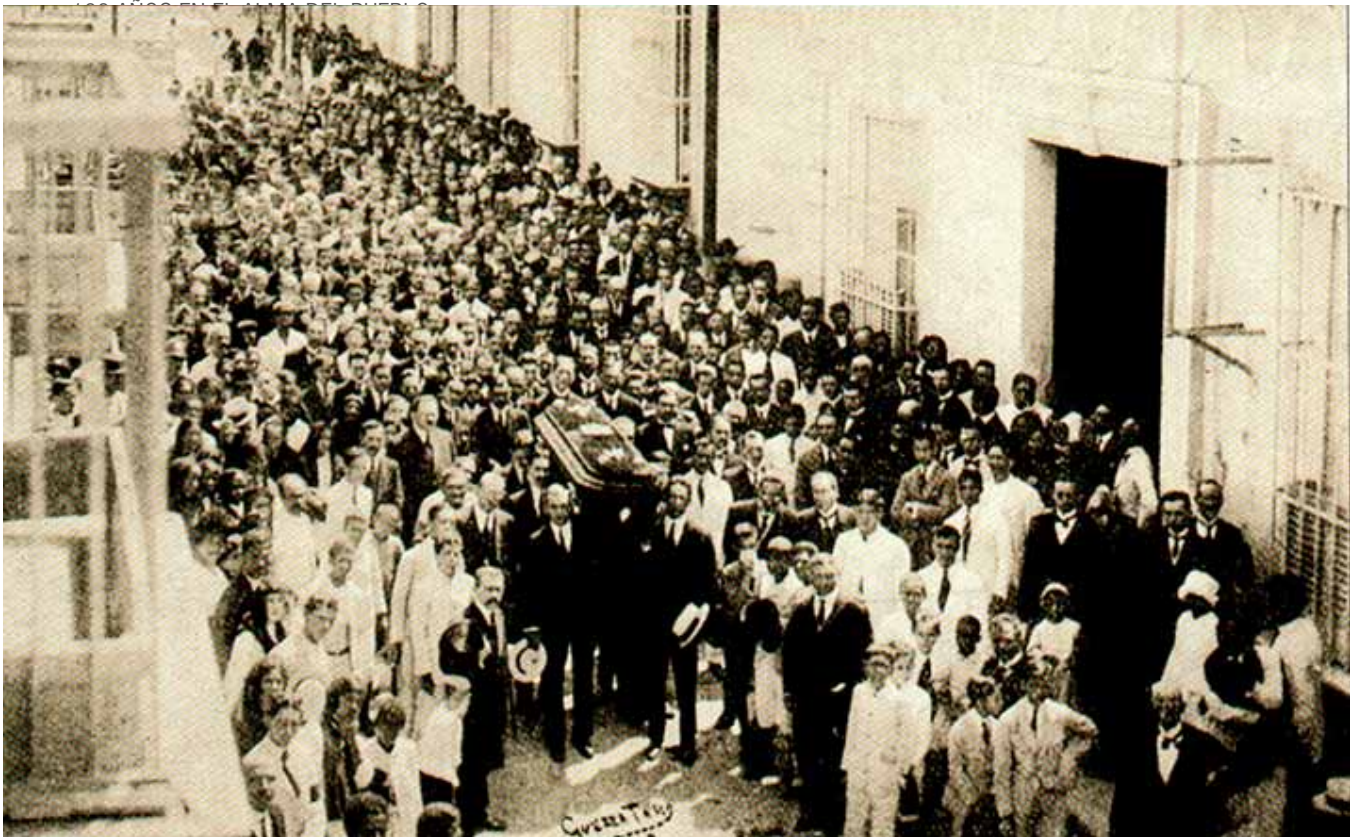


Baño de María. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt, José Gregorio Hernández. Del lado de la luz, 2000. Fundación Bigott

Pero a comienzos de 1914 un ataque de pleuresía provocó su salida del instituto. En Milán le diagnosticaron tuberculosis y tuvo que regresar a Venezuela, viendo frustrados nuevamente sus deseos de consagrarse a los oficios religiosos.

Sus últimos años

Para el año 1917 José Gregorio gozaba del aprecio unánime de la sociedad venezolana. Su generosidad



Cortejo fúnebre llegando a la esquina de Santa Capilla. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott, p. 18

y abnegación eran ya legendarias; se le conocía como el “médico de los pobres”, pues mantenía una consulta gratuita en su casa todos los días de 1:00 a 2:45 pm y a muchos pacientes les costaba el tratamiento. Ostentaba el título indiscutible de padre de la medicina moderna y la experimentación científica en Venezuela. A él se debían importantes iniciativas públicas en materia de atención sanitaria.

Los frutos de su labor docente ya empezaban a verse en los logros de una nueva generación de médicos formados por él que empezaban a introducir innovaciones en la práctica profesional. Además de ser autor de una reputada obra científica, había ganado reconocimiento como ensayista y narrador y se le consideraba una autoridad en filosofía. En efecto, su libro *Elementos de filosofía* es uno de los pocos textos venezolanos escritos en la época sobre el tema.

El respeto y la credibilidad que inspiraba eran tales que el primer teléfono que se instaló en Caracas fue el de su residencia para demostrar que no había nada de “diabólico” o pernicioso en el uso de tan sorprendente aparato.



El cortejo fúnebre se traslada desde la Universidad Central hacia la esquina de San Francisco. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott

En esa época de esplendor, motivado por su insaciable interés de estudio e innovación, decidió darle un segundo impulso a su carrera y a finales de marzo de 1917 se embarcó para Nueva York. Sin embargo, los costos de los estudios y de los medios para reeditar su libro *Elementos de bacteriología* lo hicieron marcharse a París.

Durante tres meses intentó entrar a Francia desde España sin ningún resultado, y aunque la vida en Ma-

dríd le resultaba interesante y grata (tuvo ocasión, por ejemplo, de asistir a las clases de Ramón y Cajal), sus planes lo llevaron de regreso a Estados Unidos, donde se reencontró con Santos Aníbal Dominici, para ese entonces embajador de Venezuela en Washington.

En 1918, de regreso en Caracas, le tocó formar parte del contingente médico que luchó contra la gripe española que venía haciendo estragos en todo el mundo. Pasada esta crisis



Su vida después de la muerte

Desde el mismo año de 1919 hasta el día de hoy, la figura de José Gregorio Hernández ha sido objeto de culto masivo. En el imaginario popular ocupa un lugar privilegiado junto con los santos cristianos, se le atribuyen hechos milagrosos y es fuente de esperanza y consuelo para muchos enfermos y sus familiares. Su fama de santidad, granjeada en vida, se incrementó una vez fallecido, y eran tantos y tan diversos los testimonios sobre sus supuestas apariciones y curaciones milagrosas que la Iglesia decidió investigar el asunto.

Así, en 1949 el arzobispo de Caracas, monseñor Lucas Guillermo Castillo, ordenó el proceso del doctor José Gregorio Hernández, dando inicio a un largo periplo jurídico que pasó por varias etapas, hasta que en 1964 se emitió el decreto según el cual no había obstáculos para que procediera la causa. La aceptación oficial de la causa fue oficializada en Roma por decreto del 4 de mayo de 1972.

Hasta ahora El Vaticano ha emitido dos pronunciamientos oficiales sobre el estatus de José Gregorio Hernández. El primero, en 1974, le confirió el título

de Siervo de Dios. El segundo, en 1986, lo declaró Venerable, luego de que en 1985 la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos aprobara la heroicidad de sus virtudes. Esto significa que la Iglesia puede presentarlo ante los fieles como modelo de las virtudes cristianas.

Queda pendiente la beatificación, para lo cual es necesario que se demuestren por lo menos dos milagros. Este es el último paso antes de la canonización, la cual establecería definitivamente su condición de santo, es decir, un alma bienaventurada en posesión de la gloria, cuya ejemplaridad es recomendada por la Iglesia, su intercesión invocada por los fieles y a quien se le puede venerar. Esa veneración, en términos canónicos, debe ser privada, pues solo a un santo se le puede rendir culto de forma pública. En todo caso, una vez reconocido como santo, subirá a los altares. Mientras tanto, millones de cristianos tienen fe en que, mientras asciende al cielo, el Médico de los pobres sigue viviendo para ayudarlos.

volvió a concentrarse en sus investigaciones y su práctica privada con relativa calma y renovados logros.

Su muerte

El 29 de junio de 1919, luego de examinar a una anciana enferma, fue a la farmacia a comprarle medicamentos que ella misma no podía costearse. Se ha dicho también que se trataba de una niña convaleciente a la que habría atendido de emergencia. Lo cierto es que de regreso a la casa de su paciente fue arrollado por un automóvil en la esquina del Guanábano. El golpe lo aventó contra un poste, su cuerpo rebotó contra el pavimento y la cabeza fue a dar contra el filo de la acera, lo que le provocó una fractura en la

base del cráneo.

Rápidamente el conductor lo recogió y lo llevó al Hospital Vargas, pero al llegar ya estaba muerto. Hacía exactamente 31 años de su graduación como doctor en medicina.

La noticia se difundió rápidamente y en horas de la noche los alrededores de la casa de los Hernández estaban colmados de gente que quería rendirle tributo al Médico de los Pobres.

El lunes 30 de junio fue un día de duelo no decretado. De manera espontánea los comercios, oficinas, teatros y demás establecimientos públicos se unieron en un cierre de 24 horas. A las siete de la mañana el arzobispo de Caracas ofició la misa de cuerpo presente ante una multi-

tud entre delirante y consternada.

El entierro fue todo un acontecimiento público que mantuvo paralizada a la ciudad. De la casa de su hermano José Benigno el féretro fue trasladado hasta el paraninfo de la Universidad Central de Venezuela, donde luego de recibir honores fue llevado por sus colegas hasta la Iglesia Metropolitana. A las puertas de la iglesia la gente exigía que los universitarios le entregaran el ataúd para ser ellos, el pueblo, quienes lo llevaran hasta su última morada.

Y así fue. Cuando por fin sus restos llegaron al Cementerio General del Sur, en hombros de quienes en vida lo admiraron y recibieron sus favores, eran las nueve de la noche.

Fernando Bustamante: fue el destino

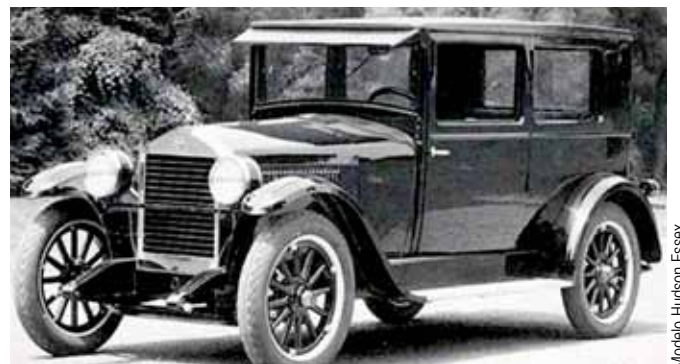
El conductor que golpeó a José Gregorio Hernández lo condujo al Vargas, pero se encontró que no había ningún médico que pudiera ayudarlo



Certificado de aptitud para conducir de Fernando Bustamante, en: Expediente N° 32, "Accidente de automóvil", 29 de junio de 1919. Archivo General de la Nación

EL 2 DE JULIO DE 1919, Fernando Bustamante hizo su declaración sobre lo ocurrido con el Doctor José Gregorio Hernández. Esto fue lo que dijo:

“El día veinte y nueve del mes en curso, como a las dos de la tarde, iba yo manejando un automóvil, subiendo de la esquina del Guanábano a la de los Amadores, por delante de mi marchaba un carro de los tranvías eléctricos y como viniera en sentido contrario un muchacho manejando una carretilla, le dí paso y seguí marchando tras del tranvía, tomando en seguida la izquierda, aplicando la segunda velocidad y empecé a tocar la corneta, por temor de que por el lado de la calle se apeara alguno del tranvía; el motorista del carro del tranvía al llegar a la esquina de los Amadores y antes de entrar en la bocacalle, quitó la corriente y yo entonces pisé el acelerador para darle un poco de velocidad al carro y embrollar [embragar] la tercera velocidad, en el momento que iba a operar este cambio vi encima del automóvil una persona que al pretender esquivar el automóvil y junto con su acción de hacerse hacia atrás, recibió con el aparafango



Modelo Hudson Essex

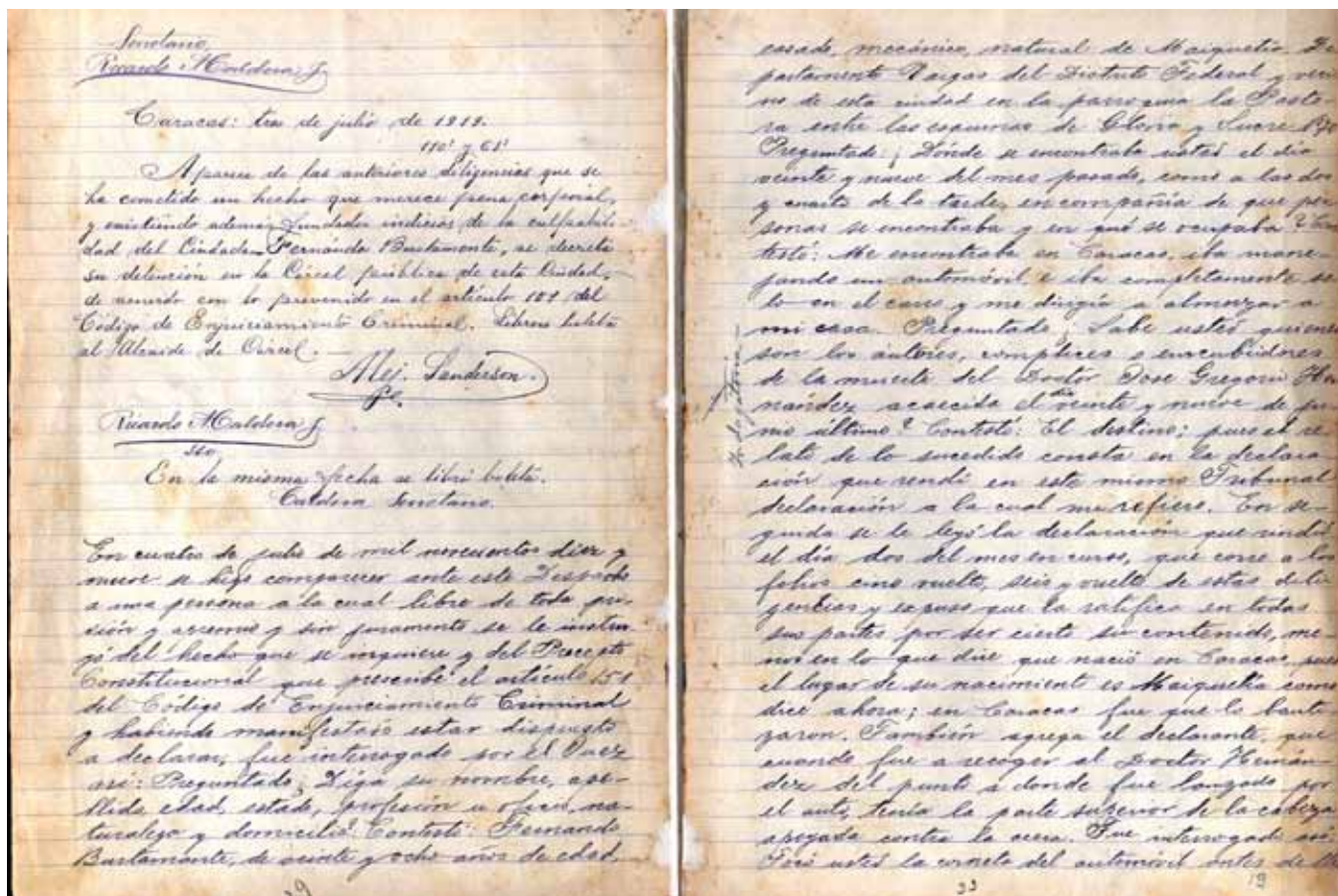
[parachoque] derecho un golpe en un costado, el cual lo lanzó hacia atrás, y como caminara algún trecho pretendiendo guardar el equilibrio, el cual no pudo conseguir, hasta que al fin calló de espaldas. Yo detuve el auto y volteé a ver si se había parado, pero lo vi en el suelo y reconocí al doctor José Gregorio Hernández y como éramos amigos y tenía empeñada su gratitud para con él, por servicios profesionales que



gratuitamente me había prestado con toda solicitud e interés, me lancé del auto y lo recogí ayudado por una persona desconocida para mi, y lo conduje dentro del auto sentándose a su lado la persona que me ayudó a recogerlo; y entonces en mi interés de prestarle los auxilios necesarios, lo conduje tan ligero como pude al Hospital Vargas, llamé al policía de guardia en el Hospital explicándole prontamente lo que me

pasaba, entonces acudió un interno y entre todos lo condujimos a la cama de los enfermos, y como en ese momento no se encontraba ningún médico en el Hospital, fuimos en el mismo auto por el doctor Razetti, encontrándolo en su casa, lo condujimos inmediatamente al hospital, y al llegar, un sacerdote que venía saliendo, nos informó que ya el doctor Hernández había muerto. Debo decir que soy chauffeur [chofer] titular,

como queda comprobado con la presentación del título; y que en cinco años que tengo manejando en la ciudad y carreteras, como puede comprobarlo el Inspector del Ramo, no he tenido nunca ningún inconveniente, ni he sido nunca citado a la Inspectoría para observaciones sobre el Reglamento".

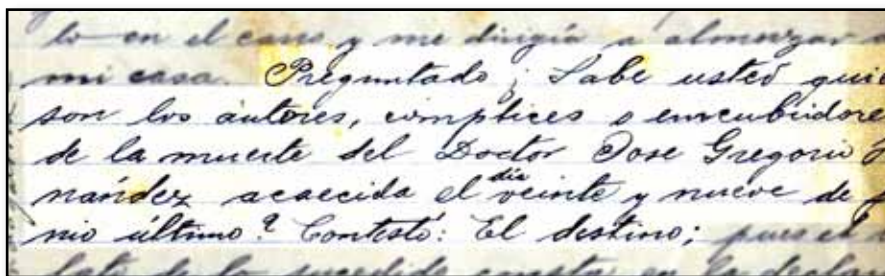


Expediente N° 32, "Accidente de automóvil", 29 de junio de 1919. Archivo General de la Nación.

Una nueva declaración

El cuatro de julio de 1919, Fernando Bustamante fue interrogado nuevamente por un Juez: "(...) Diga su nombre, apellido, edad, estado, profesión u oficio, naturaleza y domicilio: Fernando Bustamante, de veinte y ocho años de edad, casado, mecánico, natural de Maiquetía, Departamento Vargas del Distrito Federal y vecino de esta ciudad en la parroquia La Pastora entre las esquinas de Gloria y Sucre N° 70. (...) ¿Dónde se encontraba usted el día veintinueve del mes pasado, como a las dos y cuarto de la tarde, en compañía de que personas se encontraba y en que se ocupaba?(...) Me encontraba en Caracas, iba manejando un automóvil e iba completamente solo en el carro y me dirigía a almorzar a mi casa. (...) ¿Sabe usted quienes son los autores, cómplices o encubridores de la muerte del Doctor José Gregorio Hernández acaecida el día veinte y nueve de junio último?" Bustamante contestó: "El destino; pues el relato de lo sucedido consta en la declaración que rendí en este mismo Tribunal, declaración a la cual me refiero."

El declarante agregó que "cuando fue a recoger al Doctor Hernández del punto a donde fue lanzado por el auto, tenía la parte superior de la cabeza apoyada contra la acera". Seguidamente las autoridades continuaron el interrogatorio:

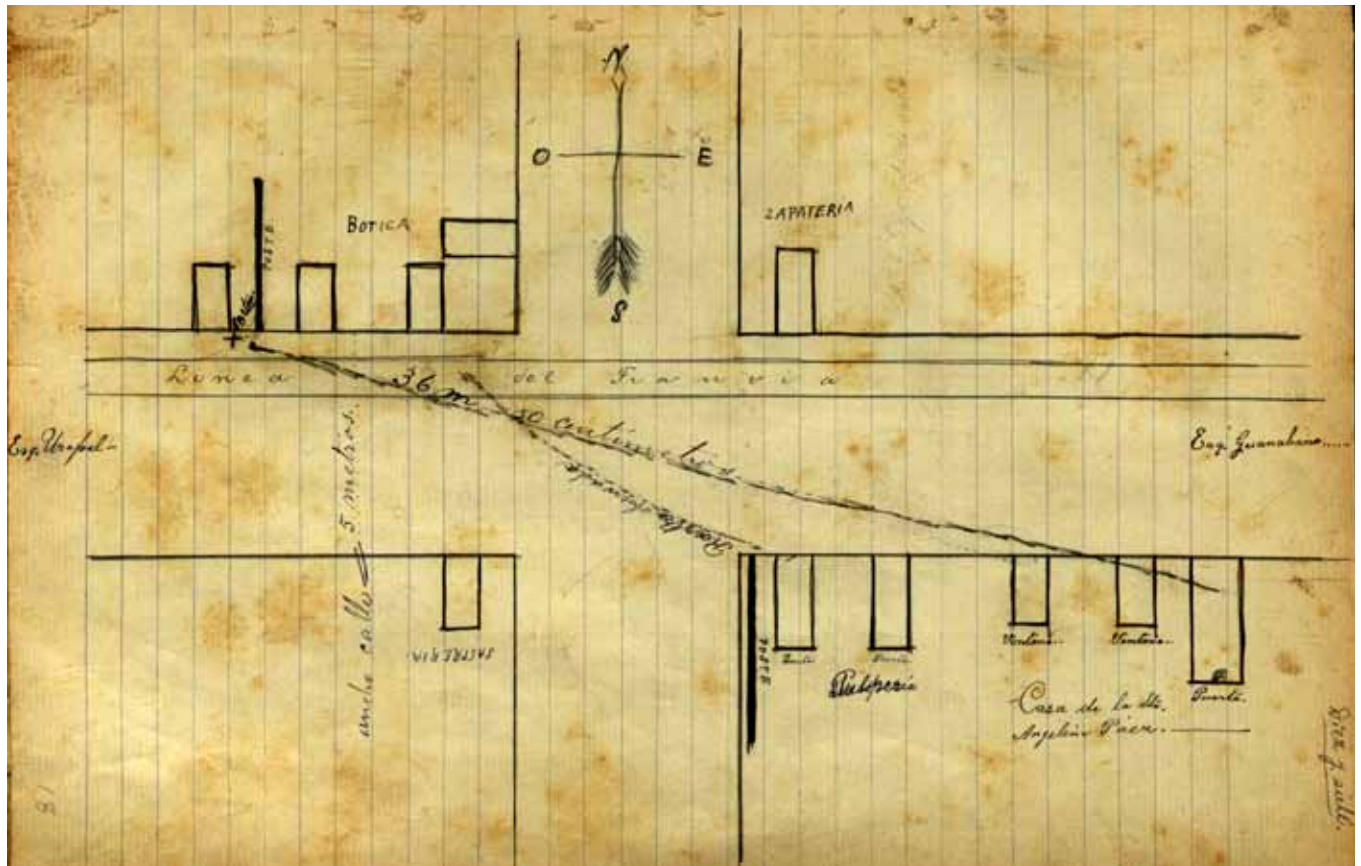


"¿Tocó usted la corneta del automóvil antes de llegar a la esquina de los Amadores? (...) la iba tocando antes de llegar y atravesando la bocacalle". "¿De donde venía usted y a donde se dirigía cuando se verificó el suceso?". "Venía de mi taller que está situado en la esquina de la Palma y me dirigía a mi casa". "¿Estaba parado un carro de los tranvías eléctricos en el desvío que hay entre los Amadores y el Urapal cuando se verificó el hecho que se averigua?".

Bustamante: "No había ningún carro, estaba la vía libre". "¿Al llegar usted a la bocacalle de la esquina de los Amadores desvió usted rápidamente el automóvil hacia la derecha?". "Iba a hacerlo, pero en ese momento fue que vi la persona que resultó lesionada y quise volverlo a la izquierda para evitar golpear la persona que tenía delante, pero la acera me lo impidió". "¿Cuándo se verificó el hecho venía algún vehículo por la cuadra de Urapal a Amadores? La calle estaba libre, no venía ninguno".

La gente de La Pastora presencié la tragedia

El 29 de junio de 1919 varias personas fueron testigos del accidente de José Gregorio Hernández y se les citó para declarar. Esta es una selección de sus testimonios



Croquis del lugar del accidente. Expediente N° 32, "Accidente de automóvil", 29 de junio de 1919. Archivo General de la Nación

Vicente Romana Palacios: "el hombre estaba tendido en el pavimento de la calle"

Como a las 2:15, Vicente Romana Palacios, un carpintero de 50 años, se encontraba en su casa, ubicada al inicio de la cuadra de "Amadores a Urapal". Decidió salir apresuradamente a la calle porque su hermana "sintió un ruido extraño en la calle y lo llamó".

Según su declaración del 30 de junio: "(...) vio tendido enfrente de su casa, unos metros al Este, a un hombre que botaba sangre. El hombre estaba tendido en el pavimento de la calle, al lado de la acera (...) un automóvil estaba parado, unos metros más arriba hacia la esquina de Urapal".

Mariano Eduardo Paredes: "dijo unas palabras que no oí y se puso las manos en la cabeza"

El motorista del tranvía, de 35 años, expuso que "como a las dos de la tarde subía manejando el carro n.º 27 de los tranvías eléctricos de esta ciudad de la esquina de El Guanábano hacia la de Los Amadores; como el sol estaba muy fuerte, llevaba la cachucha tirada hacia los ojos, viendo nada más que la línea por donde iba a pasar con el carro y una pequeña distancia más; después de haber pasado el poste blanco que queda a mitad de cuadra sentí unos gritos que decían: ¡lo mató!, entonces me tiré la cachucha para atrás y vi que al empezar la cuadra de

la esquina de Amadores a Urapal estaba un hombre tendido en el suelo y un automóvil desviado hacia la izquierda a pocos metros de distancia que se paraba; este automóvil había pasado el carro del tranvía que yo manejaba poco antes (...).

Seguí con el carro y lo paré pocos metros antes de llegar a la esquina de Los Amadores y vi entonces que la persona que estaba tendida en el suelo, la cual recogían, era el doctor José Gregorio Hernández, el cual fue montado en el automóvil, y este partió hacia la esquina de Urapal. También vi cuando el chauffeur a quien no conozco se apeó del automóvil, dijo unas palabras que no oí y se puso las manos en la cabeza.



F. de Sales Pérez, *Retrato de José Gregorio Hernández*. En: *El Cojo Ilustrado*, Caracas, Año II, 15 de mayo de 1893



Esquina de Amadores, La Pastora, donde ocurrió el accidente el 29 de junio de 1919. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott, p. 17

Vitelio Utrera: “le dije que mejor lo llevara al Hospital Vargas”

El 1 de julio de 1919 declaró Vitelio Utrera, un farmacéutico de 25 años. Expuso que el domingo 29, como a las 2:15, “estaba despachando a esa hora una receta cuando sentí un golpe extraño, como un choque, pues en ese momento pasaba un automóvil; me asomé a la puerta y vi que estaba un hombre tendido en el suelo, me acerqué y no supe quién era, pues estaba herido en la cara y estaba desconocido; en esos momentos llegaron Vicente Romana y el chauffeur Bustamante(...) este quería llamar un médico y yo le dije que mejor sería que lo llevaran al Hospital Vargas.

Entonces el chauffeur y otro individuo que no conozco cargaron al individuo quien estaba en estado agónico y lo montaron en el automóvil (...). Pocos minutos después un hombre desconocido para mí, me entregó un sombrero que había recogido en el suelo, diciendo que era de uno de los que iban en el automóvil, al ver el sombrero lo reconocí como ser del Doctor José Gregorio Hernández y entonces un joven de apellido Casañas que estaba presente llamó por

teléfono al Hospital Vargas para cerciorarnos si era el Doctor Hernández el lesionado y nos contestaron que sí era y estaba agonizando.

Alfonso Timaury: “todos los pasajeros se apearon”

Ese domingo el colector del carro n.º 27 de los tranvías eléctricos de Caracas declaró que “iba de colector en el piso de atrás y como a mitad de cuadra nos pasó un automóvil con dirección a la esquina de los Amadores, el automóvil iba con la velocidad normal y acostumbrada.

Poco antes de llegar a la esquina de los Amadores vi que varios pasajeros se ponían de pie y el motorista paró el carro al terminar la cuadra, ya para entrar a la bocacalle; todos los pasajeros se apearon y yo me puse al lado del motorista y vi que en la cuadra siguiente de Amadores a Urapal, al empezar la cuadra, estaba tendido un hombre a la orilla de la acera, enfrente de la última puerta de la botica de la esquina de los Amadores (...)

Otro hombre lo cargó y lo metió en un automóvil rumbo al Urapal”. El Juez encargado lo interrogó: “¿Oyó usted pitar el automóvil cuando éste iba a pasar por la esquina de los

Amadores?”. Contestó: “No me fijé, pues como era natural no me ocupé del auto que pasaba”.

Juan Antonio Ochoa Fernández: “yo corrí y ayudé al chauffeur, a quien no conozco, a subir al doctor Hernández al automóvil”

El industrial de 21 años iba en el tranvía sentado en los asientos de adelante. Declaró a las autoridades que “pocos metros antes de llegar a esta esquina (Los Amadores) vi al Doctor José Gregorio Hernández que bajaba la acera en el ángulo de la esquina de los Amadores donde queda la botica y atravesaba la calle, en momentos en que un automóvil que venía de la esquina del Guanábano, pasaba al tranvía y le daba un golpe al doctor Hernández, quien fue a dar contra el borde de la acera de la derecha; el tranvía se paró inmediatamente, lo que hizo, ya llegando a la esquina de los Amadores.

Yo corrí y ayudé al chauffeur a quien no conozco, a subir al doctor Hernández al automóvil, el cual se encontraba parado como a tres metros de distancia, y enseguida nos dirigimos al Hospital Vargas y allí fue apeado el doctor Hernández, quien se encon-

Los escudos de la familia deben estar en la sala de la casa

Madrid, 16 de julio de 1917.

Mi querido César:

Me vine de New York porque los estudios y la vida eran muy caros. Ahora no me han querido dar el permiso para ir a París, de suerte que tengo que regresar a New York, para donde saldré el 30 del presente. Al llegar allá te escribiré de nuevo. Te mando un cuadro en que están los escudos de las familias Hernández y Briceño para que lo pongas en la sala de tu casa. A Isolina le mando un libro en que está la historia de nuestra familia y le digo que te lo preste para que lo leas junto con toda tu familia para que

sepan las virtudes y el noble origen de sus antepasados; cuidamelo mucho y, cuando lo termine, se lo vuelves a dar a Isolina para que me lo guarde.

Te mando una sortija con el escudo de armas de nuestra familia para que la lleves puesta y mando otra para Benjamín. Te mando un corte de vestido para ti, para Benjamín, para Alfredo y para Ernesto. Un corte de vestido para Dolores, María Luisa y Angela. Una salida de teatro para Dolores y María Luisa; y un reloj pulsera para María Luisa y otro para Angela. Si tú no necesitas tu corte de vestido le puedes mandar hacer a Benjamín un vestido de smoking con él. Todo eso va por conducto de Legorburu Hermanos, de La Guaira; ponte al habla con ellos para que te avisen cuando lleguen y para pagarle los gastos. Si Isolina no tiene con qué, págaselos tú, que yo te lo abonaré al llegar a Caracas.

Tu hermano que te abraza,
GREG.Q



traba privado, y conducido a uno de los salones del establecimiento (...).

Angelina de Páez, 24 años: “No tocó la corneta e iba con mucha velocidad”

“El domingo último, como a las dos y cuarto de la tarde me encontraba asomada a la ventana que da para la calle de esta casa, cuando vi pasar un carro de los tranvías eléctricos, que venía de la esquina de El Guánabano y pasarse enfrente de esta casa, pero unos metros hacia la esquina Amadores, ya para llegar a la bocacalle, y en esos momentos, un automóvil que venía detrás del tranvía lo pasó y al mismo tiempo tiró hacia la derecha haciendo una gran curva.

Cuando el automóvil entró en la cuadra de Amadores a Urapal, un señor que bajaba de la acera derecha fue arrollado por el automóvil, el cual siguió parándose como a los veinticinco metros; el chauffeur vino donde estaba el señor tendido en el suelo y en visión de los vecinos señores Romana y Coler lo recogió, lo montaron en el automóvil y el chauffeur partió con dirección a la esquina de El Urapal. El chauffeur antes de llegar a la esquina de los Amadores, no

tocó la corneta e iba con mucha velocidad” El juez la interrogó: “¿Sabe usted quién era el señor que resultó lesionado por el automóvil?”. “Cuando vi caer al individuo no lo reconocí, pues yo conocía mucho al Doctor José Gregorio Hernández y fue minutos después de habérselo llevado, que en la calle empezó a decirse que el lesionado era el Doctor Hernández (...).”

Francisco Gascue

El empleado público de 21 años Francisco Gascue iba en el Tranvía. Declaró que “entre las esquinas del Guánabano y los Amadores, poco antes de llegar a esta esquina, un automóvil que venía detrás del tranvía lo pasó y siguió en dirección de la esquina de Urapal, y a los pocos momentos sentí un golpe y que se paraba el tranvía y vi atravesado en los rieles, al empezar la cuadra de Amadores a Urapal, a un señor que parece lo había derribado el automóvil (...).

Por las personas que se hallaban allí supe que era el doctor José Gregorio Hernández y al acercarme lo reconocí, y como el chauffeur se acercara y entrara a la botica que hay en dicha esquina, buscando un médi-

co, le indiqué que montara al doctor Hernández en el automóvil y lo llevara al Hospital Vargas, lo que hizo así acompañado de un joven a quien no conozco y el cual se fue en el carro sosteniendo al Doctor Hernández”.

Felipe Badaracco, 27 años: “comprendí que era hombre muerto”

“...cuando el tranvía iba a llegar a la bocacalle, el motorista paró el carro y al sentir voces de alarma bajé inmediatamente y vi a un hombre tendido en el suelo contra la acera, me acerqué a él y reconocí al Doctor José Gregorio Hernández; como a tres metros de distancia y hacia la izquierda y hacia el Urapal estaba parado un automóvil y el chauffeur cerca del Doctor Hernández, que decía: “¡A mí nunca me ha pasado esto; que cosa tan horrible!” Y otras lamentaciones que no recuerdo.

Cuando vi al doctor Hernández echando sangre por la boca, por los ojos, por los oídos y por las narices comprendí que era hombre muerto. Inmediatamente me dirigí a su casa para avisarle a la familia”.

Pedro Manuel Arcaya fue el defensor de Bustamante



Pedro Manuel Arcaya, circa 1922

EL 1 DE NOVIEMBRE DE 1919, el Fiscal del Ministerio Público le imputó a Fernando Bustamante el delito de homicidio por imprudencia en la persona de José Gregorio Hernández. Su defensor, Pedro M. Arcaya, desarrolló hábilmente una defensa destinada a refutar las declaraciones de los testigos.

Para ello solicitó al Juez una autorización para interrogarlos nuevamente y al hacerlo consiguió que algunos se contradijeran y emitieran comentarios favorables a la defensa. Uno de los casos más emblemáticos fue el de Vicente Palacios:

“Diga el testigo si sabe que haya habido culpa por parte de Fernando Busta-

mante en el desgraciado acontecimiento de la muerte de D. José Gregorio Hernández, o si lo considera un hecho casual. (...) no solamente juzgo que no ha tenido culpa el chauffeur si no que debido a una ligereza del Dr. Hernández fue producido el desgraciado incidente que todos deploramos.

El juez le preguntó: “¿Qué razones tiene Ud., para decir que el hecho en cuestión se debió a ligereza del Dr. Hernández? (...) no hubiera tenido lugar el encuentro si el Dr. Hernández no se hubiera bajado de la acera de una manera violenta e impensada, indudablemente por una distracción, pues de otro modo no se explica.

De igual forma Pedro Arcaya consiguió que Angelina Páez emitiera una declaración a favor de Bustamante cuando le preguntó: “(...) ¿tiene ud la seguridad de que el chauffeur Bustamante no tocó la corneta o cree que es posible que la tocara y que por la distancia o por no estar poniendo atención fijo a dicho automóvil la tocara pasándole desapercibido a la testigo?:

“En conciencia no puedo asegurar que no la tocó; y es lo más factible que la hubiera tocado y yo no percibirlo”.

El siguiente documento muestra los argumentos que manejó durante la defensa Pedro M. Arcaya:

CONCLUSIONES

- 1^a.- La imprudencia o culpa no se presumen. Es menester que existan hechos **positivos** que las patenten. La acción penada por la Ley se reputa voluntaria, pero en el caso concreto está comprobado que no hubo voluntad delictuosa y solo se discute si hubo imprudencia.
- 2^a.- En el presente asunto no hay ningún hecho que demuestre la imprudencia o culpa de Bustamente.
- 3^a.- Todos los testigos del sumario que fueron, menos uno, preguntados en el plenario aseveran que el hecho fue puramente casual.
- 4^a.- Está comprobado que Bustamente es un hábil conductor de automoviles, que es persona seria, padre de familia y hombre de ejemplar conducta, y además se ganaba la vida con el automovil que llevaba, todo lo cual excluye la hipótesis de un acto suyo de ligereza o negligencia.
- 5^a.- Está comprobado que el eminente y modesto sabio Dr. José Gregorio Hernández, recorría a pié las calles de la ciudad para atender su numerosísima clientela, lo cual lo obligaba necesariamente a caminar apresuradamente y por la modestia y religiosidad de su carácter acostumbraba andar con la mirada hacia el suelo. Por tanto es explicable que sin fijarse en el automovil que venía, bajase de la acera a la calle exponiéndose al grave riesgo en que tan infaustamente pereció.
- 6^a.- La opinión pública está convencida de la completa inculpabilidad de Bustamente y la propia honorabilísima familia del eximio varón que fué víctima del suceso que se juzga ha manifestado que no pide que se castigue a mi defendido porque se trata de un accidente imprevisto, sin intención delictuosa ni culpa suya.
- 7^a.- Bustamente al conducir el carro que dirigía obraba en el ejercicio legítimo de su profesión y no consta que infringiese ninguno de los deberes que ella le imponía.

Ciudadano Juez de 1^a. Instancia en lo Criminal

Pedro M. Arcaya, Abogado de esta vecindad en mi carácter de defensor de Fernando Bustamante a Ud. digo:

El suceso que motivó el presente juicio es uno de los mas lamentables y dolorosos que han afligido a la patria venezolana.

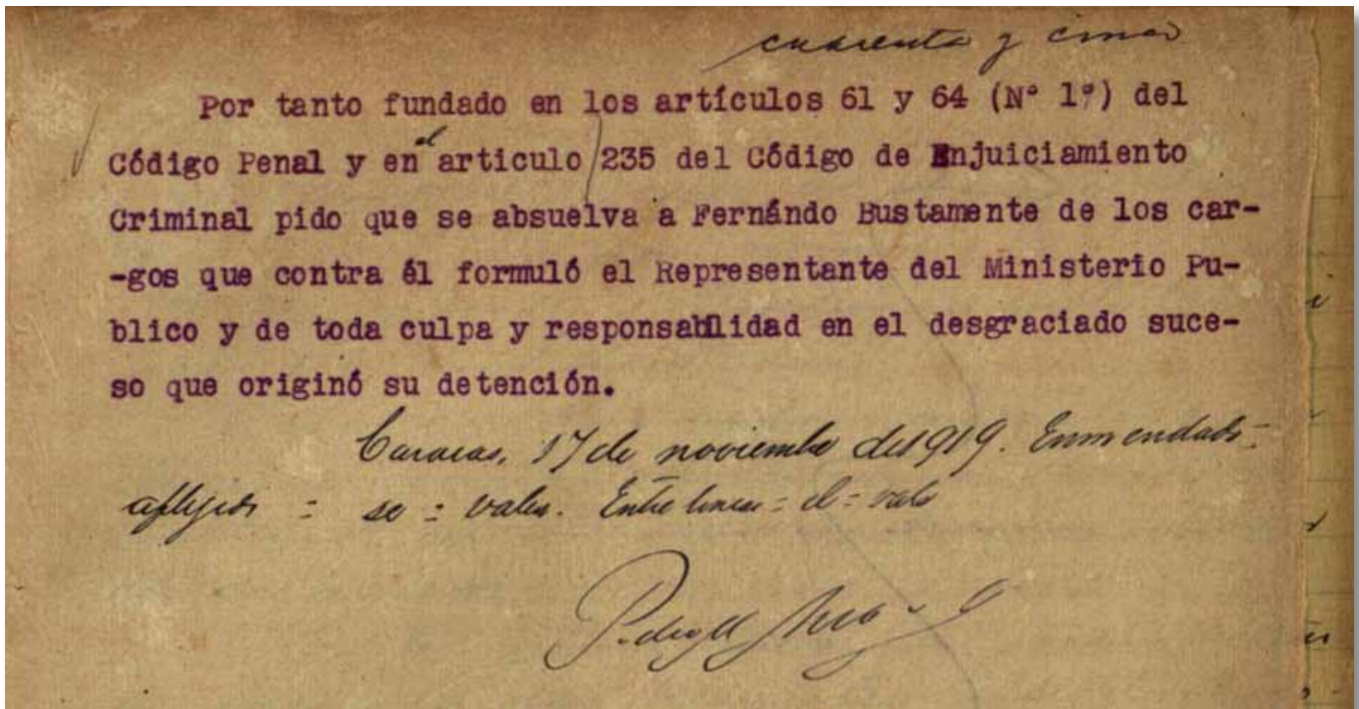
La muerte del Dr. José Gregorio Hernández fué una desgracia nacional, Sabio eminente, hombre probo y caritativo su existencia era un ejemplo y un estímulo, porque demostraba prácticamente cuán fecunda es en bienes la virtud para la vida interior de quien la cultiva y para la vida social de la comunidad a que pertenece el hombre justo.

Las manifestaciones de duelo, sinceras, espontáneas, desbordantes que su inesperado fin suscitó, prueban que el estímulo de esa existencia virtuosa no fué perdido ni su ejemplo despreciado.

Por una de esas fatalidades incomprensibles del destino tocóle a mi defendido ser el inconsciente instrumento de la muerte de ese hombre justo, a que él personalmente debía gratitud y por quien sentía la veneración que a todos inspiraba, acrecentada por el recuerdo de sus bondades con él y los suyos.

La relación del triste acontecimiento puede condensarse en breves frases. Conduce Bustamente un automovil, profesión en que se ganaba la diaria subsistencia. Baja impensadamente de una acera el Dr. Hernández. Es estrecha la calle; en vano trató Bustamente de evitar el choque. Este se produce. Cae el Dr. Hernández contra el borde de la acera y muere a los pocos minutos. Desde el primer momento quedó excluida la idea de un homicidio voluntario, pero se supuso imprudencia por parte de Bustamente. En ese concepto se le hicieron por el Representante del Ministerio Público los cargos sobre los cuales debe recaer la sentencia de ese Honorable Tribunal.

Dichos cargos han quedado desvirtuados como lo he demostrado en mis informes verbales de los cuales formulo las siguientes :



La familia Hernández pidió que no se castigara a Fernando Bustamante

El 1 de agosto de 1919, Benjamín Benigno Hernández y César Hernández, hermanos de José Gregorio Hernández, manifestaron su postura ante el juicio llevado a cabo contra Fernando Bustamante. Señalaron que: "...Queremos hacer constar que la familia Hernández no ha pedido ni pide que se castigue a Bustamante y así ninguno de nosotros se ha constituido acusador en el proceso, porque estamos convencidos de que el infausto y nunca bien lamentado suceso en que pereció el Dr. José Gregorio Hernández fue debido a un accidente imprevisto, sin intención delictuosa alguna del expresado Bustamante ni culpa suya.

Dios en sus altos designios dispuso sin duda que el Dr. Hernández falleciera del trágico e inesperado modo en que sucedió su muerte y nosotros nos conformamos con su soberana voluntad.

Creemos cumplir un deber de conciencia haciendo a Ud. esta manifestación y tenemos la convicción de que el Dr. José Gregorio Hernández desde la morada de los justos en que esperamos se encuentre su alma, aprobará nuestra conducta".





José Gregorio Hernández el día de su graduación de bachiller, 1879. En: María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt: *José Gregorio Hernández. Del lado de la luz*, 2000. Fundación Bigott

JGH fue también filósofo y escritor

Los 22 trabajos científicos que publicó José Gregorio Hernández demuestran no solo su determinación de escribir, sino también un sereno dominio de la prosa. Tiene un estilo reposado y directo, que se traduce en una exposición muy clara de lo que quiere decir.

Ese manejo seguro de la palabra también se puede apreciar en sus textos literarios, publicados en *El Cojo Ilustrado* en 1912: “Los maitines”, “En un vagón” y “Visión de arte”. Además, es autor de *Elementos de filosofía*, uno de los muy pocos libros de este tipo escritos en Venezuela, y tal vez el primero de nuestro siglo XX.

Presentamos los prólogos de *Elementos de filosofía* y *Elementos de bacteriología*, esta sí, la primera publicada en el país y pionera en la materia en Latinoamérica. También ofrecemos “Visión de arte”, ensayo que nos muestra a un autor de inquieta sensibilidad.



Prólogo de Elementos de Filosofía

José Gregorio Hernández

NINGÚN HOMBRE puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y en particular de la vida intelectual.

En el niño observamos que tan luego como empieza a dar indicaciones del desarrollo intelectual, empieza a ser filósofo, lo preocupa la causalidad, la modalidad, la finalidad de todo cuanto ve.

El rústico va lento, laboriosamente consiguiendo en el transcurso de su vida, algunos poquísimos principios filosóficos que le van a servir para irse formando el pequeño caudal de ideas que han de ser el alimento de su inculta inteligencia.

El hombre de espíritu cultivado, en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía que podemos llamar obligatoria. Los conocimientos que él adquiere entonces le sirven como de sustancia de reserva para irse formando su filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como sér pensador. En él, como en el hombre inculto, la elaboración de ser filosofía ha de hacerse lentamente, casi siempre laboriosamente, dolorosamente, la mayor parte de las veces.

La filosofía elaborada de esta manera viene a ser el más apreciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer; se establece tal identidad, una adhesión tan firme entre ella y la inteligencia que la formado, que llega a parecer imposible toda separación, y solamente alguno de los cataclismos intelectuales o morales que a las veces acontecen en la vida es capaz de efectuarla.

La operación preliminar del que estudia cualquier materia científica, es la de amoldar los conocimientos que va adquiriendo, a la filosofía que se ha formado de antemano; y si ésta no ha sido todavía definitivamente constituida, los conocimientos científicos no se admiten si no bajo condición.

El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente, y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente.

Dotado como las demás de mi Nación, de ese mismo amor, publico hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido; pensando que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia.

También público por gratitud.

Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia, han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente.

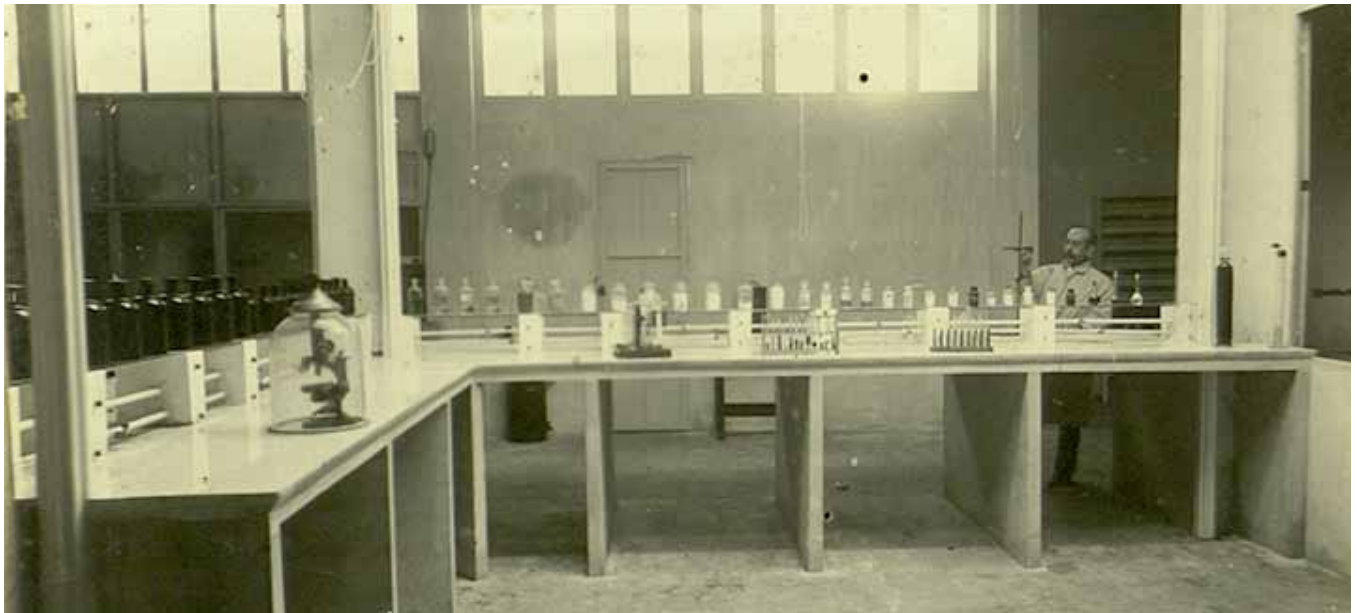
Mas si alguno ponía que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que al a filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir:

Le responderé que todo es uno.

José G. Hernández
Caracas: enero 14 de 1912

Prólogo de Elementos de Bacteriología

José Gregorio Hernández



Servio Tulio Baralt, *Laboratorio de física y química biológica-Universidad Central, Caracas, 1911*. Colección Archivo Audiovisual de Biblioteca Nacional

LOS ELEMENTOS de Bacteriología que hoy ofrecemos al público, puede decirse que son el resumen de las lecciones profesadas en la Cátedra de Bacteriología de la Universidad Central, desde el día de su inauguración hasta la fecha. La enseñanza dada durante estos quince años ha sido bastante laboriosa para nosotros, porque aunque hay un crecido número de obras de Bacteriología, muchas de ellas de un gran valor científico, ninguna está completamente acomodada a las necesidades de nuestro programa universitario; de suerte que en realidad nos hemos encontrado sin un texto conveniente, es decir, que estuviera de acuerdo con la organización de los estudios médicos entre nosotros.

Movidos, pues, por el deseo de ser útiles a la juventud estudiosa de nuestro país, hemos emprendido este pequeño trabajo, con el cual pensamos que se harán fáciles y gratos estos estudios; y con la esperanza de que el conocimiento de la Bacteriología se extienda y generalice cada vez más

entre nosotros y se despierte entonces el deseo de profundizar esta ciencia por medio del estudio de sus autores clásicos.

En efecto, la Bacteriología es la ciencia que presenta más al vivo el espectáculo admirable de una evolución sin igual, por la rapidez de sus numerosos descubrimientos, y por la gran perfección a que han llegado sus métodos de investigación. Pero este adelanto sorprendente no se queda encerrado solamente en sus dominios científicos, sino que como es una ciencia morfológica, y al mismo tiempo una ciencia fisiológica, sus descubrimientos tienen una gran resonancia, un éco simpático, en casi todas las ramificaciones de la Biología.

Y como su objeto son los seres infinitamente pequeños, tócale a ella no solamente hacer el análisis de las primeras manifestaciones, de las manifestaciones elementales de la vida, sino que por razón de la influencia que esos seres microscópicos ejercen en los animales y en el hombre,

produciendo las enfermedades, la Bacteriología forma la parte verdaderamente científica de la Etiología o Ciencia de las causas.

Es por esto que podemos afirmar que la luz que la Bacteriología proyecta hacia la medicina, es de tal intensidad, que a causa de ella sola ha progresado más en estos últimos años, que lo que había adelantado en los muchos siglos que se cuentan de medicina científica.

Por lo que a nosotros toca, hemos experimentado un vivo placer al escribir esta pequeña obra; porque además de que servíamos, en la medida de nuestras fuerzas, a la ciencia venezolana, hemos siempre tenido presente el pensamiento con que Cruveilhier termina el prólogo de su Tratado de Anatomía: que escribir una obra científica es propiamente entonar un canto de alabanza a la Gloria infinita de Dios, Creador del Universo.

Caracas: 1906
José Gregorio Hernández

“...te confieso que esa pequeña obra es casi una confidencia”

Caracas, febrero 20 de 1912.

Mi querido amigo: por este mismo correo te envié un pequeño libro que acabo de publicar sobre filosofía. Desde hace mucho tiempo deseaba realizar esta publicación porque encontraba a los estudiantes de mi clase un tanto deficientes, y aun puedo decir sin injusticia, muy deficientes en esa materia, que como sabes se relaciona mucho con la fisiología que yo tengo que enseñar cada dos años. La razón de esta deficiencia me parece que depende de que los textos que ellos leen son muy difusos y a veces hasta incomprensibles para los que empiezan esos estudios.

Para todo el mundo este libro no es otra cosa que un resumen banal de filosofía, pero a ti te confieso que esa

pequeña obra es casi una confidencia, pues en ella están tratadas las cosas que más he amado en mi vida; son mis más caros afectos que lanzo a la calle.

Puedo asegurarte que durante todo el tiempo de su composición me parecía que te tenía a mi lado, y que era a ti, a mi verdadero amigo, a quien le comunicaba todo lo que en él está escrito.

De casa todos te saludan con cariño en unión de Inesita y Pedro César.

Tu amigo que te abraza
JOSÉ G. HERNÁNDEZ

Carta a Santos Aníbal Dominici



París, mayo 27 de 1914.

Mi querido César:

Recibí tu carta del 10 de los corrientes. Ya en mi carta anterior te había dicho la opinión del doctor Gilbert de que debo regresar a Caracas antes del invierno; yo así lo haré si no me encuentro enteramente bueno, pero tengo que esperar el mes de agosto para ver el resultado del tratamiento. No creo que tendré necesidad de recurrir a los señores Santana & Cía., pero siempre es un consuelo tener esa reserva por si acaso. No es necesario que venga ninguno de la familia; yo estoy muy bien asistido y mi enfermedad es una cosa más bien crónica, prolongada, y, si no fuera porque trastorna todos mis proyectos, yo

más bien estaría contento, porque siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y peligros y nos pone seguros en el cielo. Pero suponte que yo me cure del todo dentro de cuatro o cinco años; ya para entonces estaré demasiado viejo y tendré que quedarme para siempre en el mundo, y esto es lo que me contraría.

Muchos cariños a dolores y a los niños; lo mismo que a la demás familia. Un saludo para el señor Redescal Uzcatégui.

Tu hermano que te abraza,
GREG.

“... reaparecen en mi mente las ilusiones y las ambiciones de aquellos tiempos”

New York, octubre 2 de 1917.
 368 w. 57'h

Estimado amigo:

Te mando mi retrato ya que no puedo ir a estar contigo en estos días. Ya verás cómo la vejez camina a pasos rápidos hacia mí, pero me consuelo pensando que más allá se encuentra la dulce muerte tan deseada. Ahora estoy nuevamente viviendo mis tiempos de estudiante. Cuando me encuentro sentado en los bancos se me olvidan los años que he pasado y viéndome entre toda esa bulliciosa juventud esludiantil -los de aquí son los mismos que los

de allá- me parece que soy uno de ellos y reaparecen en mi mente las ilusiones y las ambiciones de aquellos tiempos, que afortunadamente hoy se han reducido a polvo. Toda esta filosofía, o mejor dicho, toda esta melancolía, me la ha dado la vida de estudiante que llevo, agravada por la vista de la fotografía que te mando.

Tu amigo afectuoso

José. G. HERNÁNDEZ.

Visión de Arte

José Gregorio Hernández



A mi respetado amigo el señor Pbro. y Doctor Rafael Lovera, Teniente Provisor y Provicario General Arzobispado

Tomé entonces la pluma y escribí con desencanto: *Capítulo segundo. El Arte.*

La tarde estaba cálida, tempestuosa y cargada de fluido eléctrico que obraba implacablemente sobre mis nervios, comunicándoles como unas corrientes no interrumpidas de malestar. Había tenido durante el día un trabajo fuerte y emocionante, y me sentía con un cansancio físico muy pronunciado.

Traté de coordinar mis ideas para comenzar a escribir, confiando en que el movimiento producido por la composición intelectual me haría olvidar el cansancio del cuerpo y los trastornos nerviosos de causa meteorológica. ¡Vano intento! Mis esfuerzos en este sentido fueron inútiles; por el contrario, lejos de armonizarse las ideas se me empezaron a confundir lamentablemente.

A mi alrededor los objetos tomaban formas fantásticas, moviéndose caprichosamente y agitándose en un baile siniestro y lúgubre. En particular

un ramo de viejas flores que estaba olvidado sobre la mesa en que me había puesto a escribir, me producía la ilusión de que estaba haciendo toda suerte de contorsiones; se inclinaba a la derecha y a la izquierda con cierto aire de burla, y por último creí verlo que se doblaba más profundamente como si me hiciera una cortesía, hasta que tomando vuelo se desprendió de la mesa y fué á colocarse sobre la puerta entreabierta de la habitación. ¡Puras ilusiones visuales!

En medio de las tinieblas que cada vez más ofuscaban mi mente, pude pensar que todo lo que me acontecía era obra de mi imaginación cansada y estropeada por el trabajo de aquel día y por la enorme tensión eléctrica de la atmósfera. Comprendí también que en vano trataría de luchar contra ese estado de cosas y decidí someterme á la fatalidad. Un ruido sordo, como de un trueno lejano que me pareció oír acabó de ofuscar me y de hacerme perder el sentido de la realidad.

Tuve todavía bastante conciencia para más convencerme de que era incapaz de recobrar mi autonomía y miré desconsoladamente alrededor de la habitación como quien busca auxilio. Al cabo de un rato, con gran

sorpreza vi o creí ver junto á mí un ser indefinido, semejante a una Aparición, que me estaba mirando con ironía. Su vestido blanco era como una amplia túnica que se movía como si fuera a impulsos del viento, y de tal manera disimulaba sus formas, que me era imposible distinguir si ese ente que estaba en mi presencia era hombre o mujer.

Largo tiempo estuvo mirándome despreciativamente. Su mirada inquisidora penetraba hasta el fondo de mi vacía imaginación, y la registraba minuciosamente como quien hojea un libro. Aquel análisis frío y sostenido de mi ser interior, semejante a una disección anatómica, me producía una especie de congelación interna. Después de haber prolongado ese registro todo lo que quiso, sacudiendo la cabeza con un aire no sé si de conmisericordia ó de hastío, concluyó por decirme:

“Nada has podido producir. Tu inteligencia está como un papel en blanco: pero tengo lástima de ti y quiero trabajar por tu cuenta”.

Extendió luego que acabó de hablar su brazo escultural y con la mano abierta señaló el fondo casi oscuro de la estancia. Yo seguí con la vista aquel ademán lleno de Imperio y miré

á lo lejos. Primero vi una espléndida llanura en la cima de un monte como si fuera una meseta, iluminada por una suave y deliciosa luz. Parecía que nos acercábamos á ella con rapidez. En seguida se fueron delineando claramente los contornos de un palacio suntuoso de construcción antigua. Con las paredes de un mármol tan fino que casi tenía la transparencia del vidrio y con el techo de un metal semejante al oro.

Me parecía que sin movernos nos acercábamos á la espléndida mansión nunca vista por mí y ni siquiera Imaginada. Tuve la sensación de que hablamos penetrado en el Interior de una sala de una deslumbradora riqueza, en la cual se hallaban numerosos personajes rodeados de una Incomparable gloria.

Tenían aquel aire lleno de majestad de los que están habituados á dominar las Inteligencias de los demás hombres, y en realidad parecían reyes pues estaban sentados sobre tronos. En el mismo instante en que pasábamos junto á ellos se levantó de su asiento el más glorioso de todos y que con seguridad era el que presidía aquel senado resplandeciente, y con voz no terrenal comenzó á recitar los sublimes versos: "Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo.

Entonces pude ver en el dosel del trono en que se hallaba el recitante esta Inscripción en letras refulgentes: "¡Poesía! ¡Eres de todas las bellas artes la más excelsa! ¡Eres el arte divino! Comprendí que íbamos á salir de aquel encantado recinto, y una vez fuera de él continuamos nuestro aéreo viaje con rapidez.

Muy distantes debíamos encontrarnos á juzgar por lo largo del tiempo, cuando empecé á sentir como el ambiente perfumado del bosque y á notar el silencio inapreciable del desierto, apenas Interrumpido por el ruido de las corrientes de aire que levantábamos á nuestro paso.

Era evidente que entrábamos en un lugar solitario y silencioso. La Aparición me habló diciéndome; "Cierra bien los ojos y apresta los oídos." Obedecí al punto y puse todo mi esfuerzo en oír.



De aquella Ignorada región de Ja tierra, de aquel rincón bendecido del mundo se elevaba un canto celestial. No parecía formado de voces humanas, y hubiérase creído que alguno de los coros angélicos lo entonaba.

Compuesto solamente de voces, ¡iin ningún acompañamiento de orquesta, la frase musical estaba formada por una melodía grave y pausada que en algunos momentos parecía un lamento, un sollozo o una súplica, pero que en otros instantes tomaba los grandiosos acentos de un himno triunfal.

En mi alma se despertaban emociones del todo semejantes á la expresión sensible de aquel canto, que me traía el recuerdo de dulces días, de días serenos y apacibles de mi vida, quizás pasados para siempre. La Aparición me habló con voz emocionada y me dijo: "Es el himno cartujano que noche y día sube al cielo á pedir misericordia por el pobre mundo.

En el desierto viven esos seres como ángeles formando el jardín pri-

vilegiado de la Iglesia. Poco á poco fuimos perdiendo la audición del himno conforme nos alejábamos del desierto y entrábamos en la llanura. De repente llegamos á un espacio lleno de primorosas flores. En medio de él se levantaba una escala de singular belleza de la cual se irradiaba una brillante luz en todos los ámbitos de aquel dilatado espacio.

Estaba formada por siete gradas talladas en una piedra riquísima y preciosa como el diamante. Sus pasamanos eran como de esmeralda cubiertos de facetas, y toda ella parecía suspendida en el aire y rodeada de gran esplendor.

En la tercera grada de aquella inimitable escala estaba de pies una bellísima mujer ligeramente reclinada en la verde esmeralda. Llevaba una ondulada túnica escarlata y sobre los hombros descansaba un manto de Imperial armiño. En la mano derecha tenía un cetro. Luego de que nos hubo visto hizo un ademán con la



mano izquierda enseñándonos hacia el oriente.

En aquella dirección apareció un campo irregular y accidentado en el que se veían algunas palmeras torcidas y casi secas, agitadas por el viento; hacia la izquierda y en la dirección de las palmeras se notaba la bella ensenada de un lago de plomizas aguas; á orillas del lago unas colinas cubiertas de yerba y de no muy grande elevación, y por fin más allá y por encima de las colinas el cielo azul con nubes acumuladas, mensajeras de próxima borrasca.

Una gran multitud de hombres, mujeres y niños se encontraba en aquel campo y le daba el aspecto de un campamento. Toda aquella muchedumbre parecía presa de un entusiasmo indescriptible, como si hubieran sido testigos de un acontecimiento nunca visto en el mundo; como que lo comentaban y

discutían con vehemencia, y á veces llegaba á mis oídos el ruido de una inmensa aclamación semejante al rugido del mar durante una tempestad. Unos cuantos de los actores de aquella escena estaban afanados recogiendo unos objetos que ciertamente eran pedazos de pan y restos de pescado, los cuales iban colocando cuidadosamente en cestos.

De pies sobre una pequeña elevación del terreno y dominando aquel espectáculo estaba Él, resplandeciente en su divinidad y con las manos omnipotentes levantadas al Cielo en actitud de dar gracias.

Un frío intenso producido por la emoción circuló por todo mi cuerpo; pensé que iba a morir. Entonces hice un violento esfuerzo sobre mí mismo, tratando de recobrar mi libre personalidad, como quien procura despertarse encontrándose en medio de una pesadilla.

Casi recobré el uso de mis sentidos, de tal suerte que empecé a distinguir los objetos de la habitación y hasta oí claramente la voz de uno que gritaba en la calle: “¡Para el miércoles, el cuatro mil trescientos cincuenta y nueve!”.

No pude luchar por más tiempo y volví a caer en mi letargo. A mi lado estaba todavía la Aparición que me dijo con aire de comprimida cólera: “Estas bajo mi autoridad; aunque no quieras has de prestarme atención hasta el fin”. Y agarrándome con fuerza por un brazo me condujo velozmente y como si fuera llevado por una ráfaga de naciente huracán.

Llegamos al cabo de largo tiempo a un silencioso y dilatado recinto que al principio creí que había de ser como un recinto mortuorio, pero luego pude convencerme de que era un espacio cerrado en el cual se distinguían grandes masas de jaspeado mármol que custodiaban la entrada y se extendían a lo lejos.

Por dentro de ellas se encontraban lujosas columnas, preciosos monolitos de mármol de raros colores que contribuían con sus matices a dar belleza y armonía al conjunto.

En el centro de aquel recinto se levantaba la figura de una mujer de blanco mármol. Parecía acabada de salir de la onda líquida y por ello cubría castamente su desnudez con tela abundante de profusos pliegues.

Su rostro ovalado y de una deslumbradora dulzura estaba iluminado por una sonrisa celestial; y su mirada rica de inmortalidad se dirigía vagamente a lo lejos como si estuviera mirando el desfile de las generaciones seculares que habrían de venir a contemplarla sin saciarse jamás de admirar su belleza.

Me sentí como poseído de un verdadero éxtasis profundo por aquel esplendor, y hubiera deseado nunca más salir de ese recinto encantado, hasta que una voz me sacó de aquel arrobamiento, la cual, descendiendo de lo alto, exclamaba: “¡Oh, hombre!, admira el poder creador de que disponen los de tu raza! Pueden ellos transformar la fría piedra en un ser como este que ves palpitante de

vida, el cual representa el ideal perfecto de belleza!”

Pero sin dejarme oír más la Aparición me obligó a continuar nuestra marcha. Corríamos sin descanso y pasábamos como una exhalación por los aires, absolutamente como si atravesáramos los continentes y los mares. Después me dijo de nuevo: “Mira enfrente de ti, no tienes tiempo que perder”.

Vi un caudaloso río azul de dormidas aguas sobre las cuales se habrían debido cantar las baladas antiguas. A su orilla izquierda estaba extendida amorosamente una gran ciudad, una ciudad antigua, es verdad, pero tanto en los pasados como en los presentes tiempos, gloriosa y heroica. Como dominando la ciudad se levantaba

majestuoso el edificio espléndido de la catedral, cuyos contornos se dibujaban maravillosamente en las aguas del río. En la fachada se levantaban dos altísimas torres rematadas en atrevidas agujas, y toda aquella construcción era una verdadera filigrana de piedra, monumento acabado de belleza y ejemplar perfecto del estilo ojival, el mayor invento arquitectónico de la inteligencia humana.

Sobresalían en ella la potencia y la magnificencia ordenadas y armónicas engendradas por la artística disposición de las formas geométricas. Al entrar oímos claramente los sagrados cánticos de la oración vespertina, los cuales produjeron honda conmoción de todo mi ser.

Traté de ver si la Aparición estaba a

mi lado como antes y nada pude distinguir. Hice un esfuerzo mayor para abrir los ojos y mirar a mi alrededor, y entonces fue cuando empecé a volver a la realidad. Tan luego como pude coordinar mis ideas me puse a recordar lo que me había sucedido y pronto comprendí que era todo aquello una simple visión imaginativa producida por el cansancio y el estado atmosférico.

En el suelo estaban unas cuartillas caídas de mi mesa en una de las cuales había un renglón medio borrado en el que pude leer: *Capítulo segundo: El Arte.*

“La reina de España, el verdadero ideal de la belleza femenina”

New York, 6 de octubre de 1917.
368 W. 57^a 11 Street

Señorita Carmeli López de Ceballos
Estimada amiga:

Me parece que le doy una verdadera sorpresa mandándole mi retrato; sacarlo a luz fue un verdadero triunfo fotográfico, pues por dos veces se rompió la lente con el paso de tan disforme imagen; al fin ya está en su poder, y le ruego que lo conserve como un recuerdo de su verdadero amigo; me parece de más decirle que también es para

misia Gertrudis. He tenido que viajar bastante; la primera vez que vine a New York, como los estudios aquí son muy caros pensé ir a París, y me fui en el vapor español. En Madrid estuve tres meses esperando el permiso para entrar en París, que al fin no me dieron y tuve que regresar. No me pesa, pues tuve el gusto de conocer tan encantadora ciudad como es la capital española y de ver de cerca pasando a mi lado, rozándome con su vestido, a la reina de España, el verdadero ideal de la belleza femenina, realizado en ella como nunca lo hubiera creído, si no la hubiera visto.

Dámele un abrazo a misia Gertrudis y un saludo a [texto ilegible]

Su amigo afectuoso
JOSÉ G. HERNANDEZ.

“En Madrid oí las lecciones de Ramón y Cajal”

New York, 22 de oct. 1917.

Mi querido Benjamín:

Recibí tu carta del 28 de septiembre, que leí con tantísimo gusto. En Madrid oí las lecciones de Ramón y Cajal, que es un profesor extraordinario y todavía bastante joven o, mejor, no tan viejo, pues será como de unos sesenta años, que es poco para la fama mundial de que goza tan merecidamente. Me dices que no has recibido la caja de disección; eso fue que no la mandaron y se quedaron con el

valor; entonces yo te compré otra aquí y te la mando por bultos postales; puede ser que te llegue en buen tiempo para tus estudios. Comprendo tus deseos de salir a estudiar en medios más adelantados la medicina, todos hemos tenido esas legítimas y naturales aspiraciones, y puedes contar con que, al terminar tus estudios en Caracas, tu papá te mandará bien aquí o a París a perfeccionarte. Así lo hice yo, y es lo mejor, venir a estudiar en estos centros científicos ya graduado en Caracas de Doctor.

Consérvate bueno y recibe un estrecho abrazo de tu tío que te quiere,

GREc.

José Gregorio Hernández se muestra a sí mismo en sus cartas

Certosa di Farneta, Lucca, 18 de noviembre de 1908.

Mi querido César:

Tuve el placer de recibir tu cartica del 22 del pasado, y, como dices que están deseosos de saber si estoy bueno, me apresuro a contestarte. Tú sabes que mi salud es siempre muy buena, así que por este respecto no te debes inquietar. Me alegro mucho saber que allá están todos buenos. Por este mismo correo escribo al general Castro a ver si permite que me sigan pagando pensión de jubilado, así es que algunos días después de haber recibido esta carta puedes pasarte por el ministerio a ver qué te dicen, si te pagan las quincenas atrasadas y te continúan pagando las otras.

Mis oraciones son todas por ustedes; cada día aplico mi corazón, las misas, el oficio divino, el de la Sanísima Virgen, el ayuno, la vigilia y demás obras que practicamos en nuestra orden por uno de los miembros de mi familia, empezando por mi hermana después por cada uno de mis siete hermanos, luego por mis dos cuñados y por mis doce sobrinos, y así que termino vuelvo a empezar; hoy, por ejemplo, que te estoy escribiendo, es el día de Blanca, de esta manera, así como los tengo a todos en mi corazón, y el cariño más grande que se puede tener en este mundo, así quiero tenerlos junto a mí en el cielo para nunca más volvernos a separar.

Me parece que Benigno debe estudiar o medicina o derecho, ya que el ingeniero allá no tiene trabajo ninguno y, por consiguiente, no puede ganarse la vida. Para que termine su educación tienes que hacer sino seguir lo que te dije en mi primera carta, es decir, no gastar lo que tienes, sino solamente en eso, y sobre todo no ir a hacer fábricas ni nada por el estilo, pues con eso y lo que tú ganas puedes llevar a cabo la educación de todos ellos. Saca una copia de esta carta y mándasela a sor Magdalena a Trinidad, para que ella vea cuánto pienso en ella; sobre

todo, cuando le toca su día, no me canso de darle gracias a Dios, que en sus más tiernos años quiso sacarla del horrible mundo y guardársela para Él solo.

Ya tú comprenderás por qué no les escribo a todos como hubiera sido mi deseo; pero es que en mi orden nosotros vivimos de la soledad, del silencio y del alejamiento de las criaturas, aun de las que nos tocan más de cerca, y así nos está prohibido tener mucha correspondencia; pero eso no importa, porque nos es muy fácil reunirnos cada vez que quere-



mos dentro del sacratísimo Corazón de Jesús. Como verás por la firma, mi nombre me ha sido cambiado por el de Marcelo, según se acostumbra en las ordenes religiosas. Al pie de esta cartica le pongo unas letras a mi hermana*. De nuevo se la encargo mucho a todos y principalmente a ti, que no le falte nunca el cariño y el respeto de sus sobrinos.

Un abrazo para todos los de la otra casa, para Dolores y los muchachitos, y para ti de tu hermano que los quiere.

F. MARCELO HERNÁNDEZ.
N. CARTUJO.

*Querida hermana: Le escribo estas letritas para pedirle la bendición. Su sobrino que la abraza,
JOSÉ.

Isnotú, febrero 4 de 1889.

Sr. Santos A Dominici.

Muy querido amigo: Al llegar a casa después de mi viaje al Táchira tuve el placer de leer tus cartas decimaquinta y decimasexta; mas, como tú verás, he dejado de recibir las numeradas trece y catorce, seguramente estarán paseando por Nueva York, como sucedió con la quinta, que, después de largo tiempo, vino sellada en aquella ciudad; bastante tristeza me ha causado este accidente, que ha

sido el motivo para que haya dejado de saber cómo has pasado la vacante. (...)

En mi anterior te hacía una descripción minuciosa y fastidiosa del comienzo de mi viaje; te contaba cómo me había admirado el paso del páramo de Mucuchíes, que es el más elevado, puesto que en todo lo alto, en que se encuentra una cruz, la elevación es de cuatro mil y pico de metros, y la rarefacción del aire es tal que a mi sirviente le dio esa disnea propia de la ascensión a las alturas, con gran susto por parte mía, porque era de temer una hemorragia pulmonar; cosa que afortunadamente no sucedió.

En esos lugares uno siente la necesidad de conversar en alta voz, o mejor dicho de gritar, porque, en vista de tanta soledad, de tan poca luz, del aire tan escaso y de una vegetación tan raquílica, teme seriamente estar afónico o tal vez afásico; muy luego mi sirviente se divertía en levantar grandes láminas de hielo, diversión que me apresuré a impedir por temor a una congelación, que no es accidente raro, como tú muy bien comprenderás.

Esa noche nos quedamos en Mucuchíes, en donde apenas pude dormir, porque en toda la noche no logré calentarme, a despecho de mi colcha gruesísima y de mis cobijas; cosa que no te sorprenderá cuando sepas que al día siguiente por la mañana no nos podíamos lavar porque toda el agua estaba coagulada; y eso que nosotros no estábamos precisamente en la población, sino en una casa que queda a algunas cuadras y que llaman el Genicero.

Al siguiente día llegué a Mérida a eso de las once, y allí me detuve cinco días por dos motivos: primero porque es necesario dejar descansar las bestias, y segundo porque inmediatamente que llegué me invitaron a un baile que debía tener lugar el 31 de diciembre en la noche y que era dado por el presidente del estado y otros del gobierno. Estuvo muy bueno el baile, y yo me divertí viendo la gente de por acá, tan sumamente distinta en modales, educación, modas, etc., de la de por allá.

Cuando sonó el primer segundo del año yo estaba solo en un mecedor en uno de los salones, y, como de costumbre, mi pensamiento se convirtió en oración en ese momento: de más me parece decirte qué pediría, porque tú lo sabes mejor que yo mismo. Luego recordé el año pasado, año verdaderamente dichoso para mí, que tal vez no volverá, y pasaron rápidamente por mi imaginación todos los sucesos que me habían ocurrido durante esa época feliz; y si no hubiera sido que unos jóvenes vinieron a saludarme, habría con gusto pasado el resto de la noche en esa revista dulce y juntamente triste del tiempo que ya se fue. (...)

Cuando uno sale de los estudios no tiene idea de las materias en que está deficiente para la práctica, y eso sucede aunque se haya practicado antes mucho, porque esa práctica se hace con un mentor que se llama González, Vaamonde o Morales, etc., generalmente, o mejor dicho siempre; pero entonces no tiene uno que asumir responsabilidad ninguna, y todo el peso del diagnóstico cae sobre el maestro. Mas, después que uno entra en la práctica con responsabilidad, lo que antes era camino llano por deliciosos valles -corno dirías tú- se torna en montaña erizada de peñascos y en la que abundan los precipicios.

¡Ah, antes era yo sobrado orgulloso, cuando creía tener conocimiento exacto de la cantidad de fuerzas de que podía disponer! En lo que me creía débil resultó que no lo era tanto, y en aquellas materias en las que me parecía poder dominar me encontré deficiente, y todavía hoy no te puedo decir que ya me conozco, porque cada día

Se enlistó para defender la patria

El 9 de diciembre de 1902, durante el gobierno de Cipriano Castro, varias potencias europeas impusieron a Venezuela un bloqueo naval. José Gregorio Hernández, el Médico de los Pobres, decidió hacer frente a esa agresión y se sumó a los voluntarios que se enlistaron para defender a Venezuela.

La película de Luis Brito García, *La planta insolente*, recrea este hecho. Hernández se presenta y dice que aunque es un “hombre de paz” está dispuesto a combatir por su país.



experimento nuevas sorpresas. ¿Dejarás de meditar sobre esto? No lo creo, porque sería la primera vez que tal suceda, pues nunca has desoído mi palabra. Piensa bastante y dime qué has pensado, para que entre los dos resolvamos, como de costumbre (...)

Mi periódico no han tenido la bondad de mandarlo y yo no sé qué hacer: yo les dije que lo mandaran a tu papá; si te parece bueno puedes escribirles una carta y firmada con mi nombre reclamándolos porque son dos: el Bulletin général de Thérapeutique Médicale, Chirurgicale et Obstetricale, y Le journal des Sociétés Scientifiques. No habrás olvidado que fue a M. Bailliere que lo pedimos y que está pago.

(...) Me parece que basta por ahora.

Tu amigo que te abraza,

HERNÁNDEZ.

P.D. ¿Pasaste por Carúpano? Dime cómo se llama en inglés el pizarrón, que se me ha olvidado.

Isnotú, diciembre 24 de 1888.

Sr. Santos A. Dominici. Caracas.

Muy querido amigo: Hoy tuve el gusto de leer junticas tus cartas X, XI y XII, lo que me tiene de plácemes; por algo pensaba yo que iba a pasar una noche buena verdadera, si es que por ahora tengo que conformarme con leer, tus pensamientos escritos.

No puedes tener una idea cabal de lo mucho que me ha alegrado que el señor doctor Morales te haya escogido por su ayudante: y no creas que te ha escogido porque Ac. estuviera en La Guaira, no; lo ha hecho por ir conociendo ya a su gente, porque el doctor Morales es un hombre que tiene mucho talento y al cual es muy difícil engañar por mucho tiempo; creo firmemente esta última razón y, si no es por esto que lo ha hecho, no tardará mucho en que así sea; es mucha casualidad que en correo de tres de diciembre le escribía yo al doctor Morales y me quejaba de no saber microscopio; luego que hará poco que él tuvo la generosa idea de darte sus preparaciones e instrumento para que aprendieras una ciencia tan indispensable cuanto difícil.

Por estos lugares es muy difícil que yo pueda aprender algo, y gracias que no olvidé lo poco que he logrado aprender con tanto trabajo. Ahora estoy dedicado a estudiar laringoscopia, y, después de muchos ensayos infructuosos, por fin logré ver las cuerdas vocales superiores e inferiores juntamente con la epiglotis: la epiglotis es un órgano sumamente curioso; hay momentos en que uno cree que tiene voluntad y hasta caprichos, de tal modo el reflejo que la vivifica es poderoso.

Pienso estudiar mucho esto, ya que he tenido la fortuna de encontrar que uno de mis hermanos, Benjamín, tiene tan poco sensible la faringe que tolera durante largo rato el espejo dentro de la boca, solamente le perturba la risa que le produce verme con mis anteojos puestos -los del laringoscopio- y eso aumenta la sensibilidad o, mejor dicho, la irritabilidad propia de la epiglotis.

También he tratado de aprender a hacer un examen oftalmoscópico; pero como para esto se necesita hacer la dilatación previa de la pupila, y además un alumbrador muy perfecto, pienso dejarlo para después, cuando me dedique a repasar enfermedades del oído y del ojo -que voy a estudiarlas a continuación una de otra-, lo mismo que a hacer el examen del oído; porque estoy convencido de que para la práctica lo que uno necesita saber es cómo se examinan los diversos órganos.

Nunca me cansaré de encargarte que trates, por cuantos medios estén a tu alcance, de captarte las simpatías y la amistad del doctor Morales, porque nada hay que tenga tanto valor; y para que veas en cuánto valoro para ti esta amistad te digo que, si para lograrlo es necesario romper conmigo, que soy otro tú, no debes vacilar ni un momento en hacerlo. Muchas gracias por la copia del medicamento, y sobre todo por las composiciones poéti-

Caracas, mayo 8 de 1914

Querido amigo.

Tuve el grandísimo placer de recibir tu amable carta del 15 de enero, la cual me llegó un poco retardada. Como dices muy bien muestra amable el ser firme que me el tiempo me lo distancie la han debilitado pronto. Yo muchos veces de-

cas que me envías -después de muy pedidas, por cierto.

En estos últimos días me puse a registrar unos baúles llenos de papeles viejos, y entre otros vejstorios encontré esa comedia que le envió a Pedrito para que la haga poner en escena, si es que su amigo Bolívar todavía trabaja: es muy graciosa y no me imaginaba que para el año de cincuenta ya existiera la buena costumbre de traducirnos del francés tan buenas obras; también encontré -siempre en los baúles- el primer tomo de una edición de las obras del insigne Leandro Fernández de Moratín hecha por la Real Academia de la Historia; en este primer tomo sólo hay una noticia biográfica del poeta, escrita por algún académico histórico, en la cual se nota la presión de la tiranía del execrable Fernando VII -porque has de saber que el tal libro lleva la venerable fecha de 1830-.

También se encuentra, y es lo principal, un "Discurso histórico" sobre los orígenes del teatro español: una lista de las obras de teatro que se han escrito en España desde el principio hasta la época de Lope de Vega, o López, como leía en no sé qué autor francés: porque de

No te debes angustiar por que yo esté enfermo, pues mi enfermedad, aun suponiendo que no se cure, da muchos tiempo y no es de las que lo matan a uno en pocos días.

No pude llegar al mismo hotel en que estuvimos, por que lo estaban refaccionando y temi que el polvo me fuera dañoso, pero estoy a pocas millas de distancia de él.

Cariños a toda la familia. Tu hermano que te abraza estrechamente

Guz

Tenia intenciones de mandarte a Yucita otra novelita por este correo pero me ha sido absolutamente imposible al ir a buscarla, le iré en Nueva York, como decía Don Manuel Azpurúa.

Mucha Pepita ha estado con la gripe pero ya está mejor según me escribe Manuel.

Muchos cariños al Doctor, Yucita, Chisita y Pedro como
Tu amigo que te abraza en
trinchamente Hernández

Lope y la siguiente época, dice el poeta, terminando su "discurso histórico": "El examen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus compañeros, las innovaciones que introdujo Calderón dando a la fábula mayor artificio, los defectos, las bellezas de nuestro teatro y su influencia en los demás de Europa durante todo el siglo XVII, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que hoy se halla y los medios de mejorarle darán materia a quien con mayores, y menos próximo al sepulcro, se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura, que tanto puede influir en los progresos del entendimiento y en la corrección y decoro de las costumbres privadas y públicas".

Por este acabado y viril párrafo verás el tenor de todo el discurso, que, a mi juicio, es uno de los trabajos más

importantes de Moratín después de sus obras de teatro; te digo que me puse a leerlo y me olvidé de todo hasta que lo concluí; y hoy comprendo cuán útil es estudiar las obras de teatro, y sobre todo cuán difícil es este estudio. ¿Recuerdas mi aversión a leer los dramas y comedias, etc.? Y hoy es todo lo contrario, devoro cuanto encuentro, y nunca he echado de menos tanto como ahora tu hermosa biblioteca, tesoro inmenso para todo el que desee instruirse; si hoy, que apenas conozco muy superficialmente la evolución del teatro en España a través de los siglos, si hoy, digo, gozo tanto leyendo unas dos comedias de Lope que afortunadamente tengo aquí ¿cómo será cuando esté bastante instruido en todo ese mundo de cosas que me falta por saber? ¿cómo gozaré leyendo a Shakespeare? ¿cómo gozará tu papá, que lo sabe todo?

Una cosa me llena de tristeza, mi queridísimo amigo, y es pensar si yo me habré de quedar siempre tan ignorante como ahora. Tú siquiera vas a saber muy bien microscopio, es decir, la técnica del microscopio, ya que estás enseñado por el señor doctor Morales. Antier estuve presenciando una de las escenas más dramáticas que he visto: supone que me llamaron para que fuera corriendo a ver un chiquito que estaba muy malo; voy inmediatamente y encuentro que mi muchacho se está muriendo, y mientras lo examino cae otro, y luego otro ... y otro ... y en un abrir y cerrar de ojos me veo rodeado de ocho muchachos con convulsiones. Y luego la madre, ¡y al poco tiempo la abuela! (...) grité: "¡Veneno!". Efec-

tivamente, se habían envenenado, supongo que con unas caraoatas venenosas, porque es caraoata lo único que han comido; de los diez envenenados se murieron dos y ocho se salvaron. Siento no poder hacer una investigación más minuciosa, pero mañana me voy para el Táchira; puede ser que cuando vuelva me ocupe en esto: recuerdo haber oído hablar al doctor Ernst de unas caraoatas venenosas; pregúntale a ver cómo se llaman.

Mira, chico, que ya me vas cargando con eso de ponerme, al encabezar la carta: "Señor doctor". ¡üh! Si siquiera yo supiera técnica microscópica como tú! O, al menos, si lograra saber latín para poder decir: "Parturient montes; nascitur ridiculus mus" sin tener que copiárselo del librito.

Me haces mucha falta, chico; cada día me siento más aislado y más abatido. ¿Qué no daría yo por estar esta noche contigo paseando por la Candelaria y viendo ese sol que habita por esas regiones? ¿Qué harás tú en este instante? ¿Estarás en Caracas o en Barcelona? Pero me digo que algún día la mala suerte se ha de cansar y dejará que la buena hada madrina de Belencita me proteja y me llene de felicidad.

No te entristezcas con lo de la gota, que por aquí estamos lo mismo: justamente cuando tú me describías la dispepsia del doctor estaba yo pensando que éstos son los síntomas de la dispepsia ácido-flatulenta propia de los gotosos, que describe el eminentísimo W.H. Draper en su artículo "Gout" del Papper's S. of M. Y me sorprendió mucho cuando leí en el tratamiento dietético que últimamente los más eminentes médicos opinan que el régimen dietético del gotoso debe ser el mismo del diabético, es decir, uso de los albuminoides y abstención de los feculentos y congéneres en lo posible.

Te aseguro que es lo primero que oigo, y más que yo tenía entendido todo lo contrario. Además dice que la gota y la diabetes son la misma

Para todo el mundo este libro no es otra cosa que un resumen banal de filosofía, pero a ti te confieso que esa pequeña obra es casi una confidencia, pues en ella están tratadas las cosas que más he amado en mi vida; son mis más caros afectos que llevo a la calle. Puedo asegurarte que durante todo el tiempo de su composición me parecía que te tenía a mi lado, y que era a ti, a mi verdadero amigo, a quien le comunicaba todo lo que en él está escrito.

De casa todos te saludan con cariño en unión de Guesita y Pedro Basa.

Tu amigo que te abraza

José G. Hernández

cosa aproximadamente, como quien dice Dominici y Hernández -zafan te lo malo del negocio. Aún no puedo volver del asombro que me causa la lectura de un libro tan superior.

Mucho me he alegrado que todos comprendan los infames papeluchos de Bigotte: bocas como la suya no son bastante limpias para ser oídas

cuando tratan de manchar a personas que están a la altura del doctor.

Tu amigo que te quiere te da un abrazo,

HERNÁNDEZ.

Informe médico legal

Tres de julio de mil novecientos diecinueve, comparecieron los Doctores Francisco Ignacio Carreño y Ramón Aveledo, juraron decir verdad y dijeron llamarse como queda escrito, tiene el primero cuarenta y siete años de edad y cincuenta y dos el segundo, ser ambos casados, médicos cirujanos, vecinos de esta Ciudad y sin tener impedimento para declarar en este asunto según las disposiciones legales de que fueren impuestos: reconocieron el día veinte y nueve del mes pasado, el cadáver del Doctor José Gregorio Hernández, quien presentaba una fractura de la base del cráneo, que le ocasionó la muerte. Única lesión de las que presentaba que fuera necesariamente mortal, porque los equimosis y las hemorragias diversas de la nariz y de los oídos y estas mas debajo de los párpados, eran consecuencia de aquella. Esta fractura mortal fue ocasionada por una violencia, cuyo impulso hizo que chocara en su caída la parte posterior del cráneo con el filo rígido de la acera donde cayó inmóvil. Feat Ferminó, se les leyó y con formas firmán = Entre líneas = y expusieron = vale = Featido 99 = Feat = no valen.

Méj. Sanderson.

Francisco y Ramón
 Ramón Aveledo
 Ricardo A. Caldera J

19 JWH

Informe médico legal sobre la causa de muerte de José Gregorio Hernández. En este documento los médicos cirujanos Francisco Ignacio Carreño y Ramón Aveledo expusieron que "presentaba una fractura de la base del cráneo, que le ocasionó la muerte. Única lesión de las que presentaban que fuera necesariamente mortal".



CORREO ELECTRÓNICO memoriasdevenezuela.r@gmail.com / comunicacionescnh2014@gmail.com **PÁGINA WEB** www.cnh.gob.ve
TWITTER @Memoriasvzla | / @cnh_ven **FACEBOOK** Memorias de Venezuela / Centro Nacional de Historia **TELÉFONO** (0212) 509.58.32



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
del Despacho de la Presidencia
y Seguimiento de la Gestión de Gobierno